



ALFAGUARA INFANTIL

Querido hijo: estamos en huelga

Jordi Sierra i Fabra



Querido hijo: estamos en huelga

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Ximena Maier



El primer día

En el momento de abrir los ojos, Felipe se quedó mirando el techo.

Había una mancha de humedad desde hacía algunas semanas. Cosas de vivir en el último piso. Lo curioso era que la mancha de humedad tenía forma de indio, con plumas y todo. Un inmenso penacho. La cara, de perfil, desde luego pertenecía a un gran jefe. Nariz grande y poderosa, de patata, labios enormes y ojos penetrantes. Él le llamaba Águila Negra. «Águila» por las plumas y «Negra» porque la mancha era oscura, y en la penumbra de la habitación todavía más.

—¡Bao! —saludó a su compañero.

Águila Negra siguió tal cual.

Felipe se incorporó y miró la hora en el reloj digital de su mesita de noche.

Las nueve y cuarenta.

¿Las nueve y cuarenta?

¡Las nueve y cuarenta!

No pudo creerlo. Era tardísimo. ¿Por qué su madre no lo había despertado? Vale, el cole había terminado hacía tres días, pero ella, como mucho, a las nueve ya le ponía en pie con su batería de argumentos: que si se le pegaban las sábanas, que si luego se acostumbraba a dormir y en septiembre le costaría volver a coger los hábitos escolares, que si dormía mucho perdía demasiadas horas del día, sobre todo las de la mañana que eran las mejores, que si se pondría fondón, que si...

Fue hacia la ventana, subió la persiana y se asomó al exterior.

Ah, un día precioso.

Todavía no era verano. Faltaban dos semanas para irse de vacaciones, pero el día desde luego invitaba a hacer de todo: salir a la calle, divertirse con los amigos, jugar un partido... Bueno, eso si su madre le dejaba, porque después de las notas...

Cate en mates.

Cate en lengua.

Las dos a la vez, encima.

La bronca que le habían echado sus padres tres días antes fue de campeonato. De órdago. De vuelta a los «que si»: que si no lo aprovechaba, que si sería un burro, que si así no iría a ninguna parte, que si tendría que recuperar en verano, que si con lo inteligente que era no tenía sentido que suspendiera, que si era un gandul y un vago, que si se distraía con el vuelo de una mosca, que si no ponía atención, que si...

—Mira, Felipe —le había dicho su padre—, estudiar es importante; pero leer, todavía más. Yo no tuve tu suerte, no pude estudiar, pero leía todo lo que pillaba, y gracias a eso soy lo que soy y estoy donde estoy.

—Mira, Felipe —le había dicho su madre—. O cambias y te pones las pilas o un día te arrepentirás, porque ya no habrá vuelta atrás y serás un pobre sin cultura, que es lo peor que hay.

Bueno, faltaban tres meses para los exámenes de septiembre. No iba a ponerse ya a estudiar y leer, nada más acabar el cole. Necesitaba un descanso.

Desconectar.

Esa era la palabra. Los mayores la usaban mucho, ¿no? Pues él también.

A lo mejor por eso su madre no le había puesto en pie antes, para que «desconectara».

Tenía que ducharse, lavarse los dientes y vestirse. Cosas que le daban siempre pereza, pero más en vacaciones. Qué manía con la ducha. Y qué manía con lo de los dichosos dientes. Total, se le caerían con setenta u ochenta años, como al abuelo Valerio.

Si se los lavaba por la noche, ¿para qué volver a lavárselos por la mañana? No los había usado, por lo tanto seguían limpios!

Mientras salía de la habitación, hizo memoria.

Había quedado con Ángel para jugar al fútbol en el parque!

Vale, ese sí era un buen plan.

Así que fue a buscar a su madre, que como trabajaba de traductora en casa, no tenía un horario riguroso ni se pasaba el día en la calle.

La gimnasta

Su madre estaba en la terraza de la galería haciendo...

—Mamá, ¿qué haces?

—Pues gimnasia.

Felipe abrió los ojos.

¿Gimnasia?

Su madre tenía cuarenta años, era alta, todo el mundo decía que muy guapa, ojos grandes, nariz perfecta, cabello largo y negro, buena figura. Su padre la adoraba. A veces la miraba y le soltaba a él:

—Tienes la madre más preciosa del mundo.

Se querían, claro.

Ahora su madre hacía gimnasia.

Allí, en mitad de la terraza, luciendo un ajustado top y unos pantaloncitos, a la vista de todo el mundo, porque había casas más altas que la suya. Se estiraba por aquí, se estiraba por allá, brazos, piernas, hacía flexiones, inspiraba, soltaba el aire y así una y otra vez.

Agotador.

Y además tan inútil.

Él hacía lo mismo pero jugando al fútbol, y así se divertía.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome como un pasmarote? —le soltó de pronto.

Felipe reaccionó.

Solía quedarse absorto.

—¿Por qué haces gimnasia? —quiso saber.

—Para ponerme en forma, que luego te descuidas y pasa lo que pasa.

—¿Qué es lo que pasa?

—Pues que el día menos pensado te empieza a colgar todo.

—¿Y a ti cuándo te ha dado por eso?

—Anoche. Me dije: Sonia, es el momento de cambiar. Y aquí estoy.

No paraba.

Hablaba y se movía. Estiraba las piernas, doblaba el cuerpo y tocaba el suelo con las palmas de las manos, hacía genuflexiones, giraba sobre su cintura.

A su madre le pasaba algo.

Cuarenta años. Ya era mayor. La pobre.

—¿Eso que te ha dado tiene que ver con lo de la monopausia?

—Meno, no mono —le corrigió—. Menopausia —luego le miró de soslayo, frunció el ceño y preguntó—: ¿Dónde has oído tú esa palabra si no lees nada?



—En el cole —pasó por alto su pulla—. Uno dijo que la Florencia suspendía porque estaba monopúsica... bueno, menopúsica.

—¿Qué tonterías! —se enfadó ella—. ¿Qué manera de faltar el respeto! ¿Sois tontos y encima les echáis la culpa a los demás! —se enfadó aún más y agregó—: ¿No, no estoy menopúsica! Eso les pasa a las mujeres mayores cuando dejan de menstruar. Les cambia el carácter un poco, solo eso. No pasa nada. Forma parte de la vida —el enfado llegó al máximo y gritó—: ¿No digas palabras que no entiendes! ¿Es insultante!

—¿Entonces estás bien?

—¿Pues claro que estoy bien! ¿Pesado! ¿Quieres dejarme en paz, que me desconcentras!

—Vale.

Pero no se movió de donde estaba.

Su madre puso cara de fastidio.

—¿Has desayunado?

—No.

—Pues hala.

Qué raro. No le reñía por haberse levantado tan tarde, ni le echaba la bronca por no haberse duchado. Más aún: no le preparaba el desayuno.

Rarísimo.

Desde luego, los mayores estaban locos. Era imposible entenderlos. Lo que un día era sagrado al otro dejaba de serlo. Se explicaban fatal.

Iba a tener que hacerse el desayuno él.

La pera.

Fue a la cocina, cogió un tazón, lo llenó de cereales; luego abrió el frigorífico y tomó la botella de leche. Casi la derramó cuando se le fue la mano. No dejaba de pensar en su madre haciendo gimnasia.

Una vez desayunado, sin devolver la leche a la nevera, metió el tazón en el fregadero pero ni tan solo abrió el grifo para remojarlo y evitar que los restos del cereal se pegaran.

Se asomó a la galería.

Su madre seguía igual.

Qué raro que no le controlara.

Bueno, mejor.

Felipe fue a su habitación para vestirse, pasando de la ducha y de lavarse los dientes. Con su madre ocupada, seguro que no se daba cuenta. Se puso los pantalones de deporte y buscó su camiseta favorita, la de su equipo, para jugar al fútbol con ella.

Pero la camiseta no estaba allí.

Primera alarma

Felipe regresó a la galería muy enfadado.

Se cruzó de brazos y así, en tono amenazador, dijo:

—Mamá, ¿y mi camiseta de fútbol?

—Ah, no lo sé —respondió ella dando saltitos con las rodillas muy levantadas mientras soltaba aire a pequeños sopliditos.

—¿Cómo que no lo sabes?

Su madre era la reina del control. Aquella era una respuesta imposible.

—¿No está en tu cuarto?

—No, y la necesito hoy!

—Pues qué raro.

Ni se inmutaba. A lo suyo. Salto, estiramiento, pierna por aquí, pierna por allá...

Felipe abrió la boca.

Volvió a cerrarla.

—Su madre pasaba de él!

Alucinante.

Apretó los puños y, como un toro furioso, se fue directo al lavadero. Una vez en él revolvió en el cesto de la ropa sucia.

Lo que temía.

Su camiseta estaba allí, en el fondo, sucia, arrugada, manchada y oliendo fatal.

—No iba a poder ponérsela!

¿Cómo pretendía ELLA que jugara al fútbol con otra camiseta?

—Aaah...! —se enfadó aún más.

Regresó a la galería. Su madre se había sentado en el suelo. Trataba de tocarse la punta de los pies con los brazos extendidos. Estaba roja por la tensión y el esfuerzo.

—¡Mamá! —el grito casi la hizo saltar—. ¡Mi camiseta está sucia!

Ella le miró. No movió ni un músculo.

Solo puso cara de sorpresa, y tampoco mucha.

—Oh, vaya —se encogió de hombros.

—¿Cómo que «Oh, vaya!» —Felipe no podía creerlo—. ¡Lleva dos días en el cesto!

—¿Ah, sí?

—¡No la has lavado! —gritó exasperado.

Ahora sí, su madre puso una cara muy curiosa, como de desconcierto.

—¿Yo? —dijo remarcando la «o»—. Pero si la que lava las cosas es la lavadora. Se lo dije a ella. Lo recuerdo perfectamente.

Su madre debía de llevar mucho rato al sol. Se le había ablandado el cerebro. O eso o estaba enferma.

—¿Cómo que... se lo dijiste a la lavadora? —tartamudeó él, desconcertado.

—Sí, ayer, lo recuerdo perfectamente. Le dije: «Lava esto que Felipe lo necesitará para jugar al fútbol».

—Mamá, que la lavadora no funciona sola.

Por un momento pareció que fuera a echarse a reír. Pero no. Mantuvo el tipo. Es más, consiguió tocarse la punta de los pies haciendo un esfuerzo y luego dejó caer los brazos, agotada. Siguió mirando a su hijo con cara de inocente, como si la cosa no fuera con ella.

—Ya me parecía a mí —chasqueó la lengua.

—¡Mamá!

—¿Qué? ¡Ay, Felipe, deja de gritar!

—¿Estás en plan pasota?

—¿Yo? Para nada.

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? No. ¿Tú sabes cómo se pone una lavadora?

La pregunta le pilló de improviso, desconcertándole.

—Bueno... se abre la tapa, se mete la ropa, se le echa jabón y... ya está, digo yo, no sé.

—Pues hala, prueba —le hizo un gesto displicente con la mano para indicarle que ya podía retirarse.

Su madre se había vuelto loca. Decidida y rematadamente loca. La pobre. Su trabajo, cuidar la casa, sus suspensos... Era fuerte, o lo parecía, mucho más que otras madres, pero al final, la edad, la mono... menopausia o lo que fuera, había podido con ella.

Habría que meterla en una residencia para ancianos el día menos pensado.

—Mam...

Se quedó a medias.

Su madre, tumbada boca abajo, intentaba tocarse el trasero con los pies.

Felipe la dejó sola, rendido.

Madres, madres, madres

La prueba final de que algo estaba sucediendo llegó al irse de casa.

Por lo general, había que discutir, pactar, prometer volver a la hora, jurar portarse bien, no meterse en líos, cruzar la calle por el semáforo y un largo etcétera. Con los dos cates de mochila, el peligro eran los castigos, que no le dejaran salir, una venganza típicamente adulta.

Por más que luego dijeran que se pasaba el día en su cuarto jugando con la consola y estaba blanco porque no le tocaba el aire ni hacía vida sana y que se iba a poner enfermo en invierno.

—**Me voy!** —anunció desde la puerta.

Silencio.

—**Mamá, me voy!** —gritó aún más.

Y desde la terraza, en pleno esfuerzo gimnástico, ella le respondió con un simple y lacónico:

—**Bien!**

Ninguna prevención, adoctrinamiento, nada.

Bueno, ya pensaría en ello después. Ahora...

Echó a correr, cerró la puerta de golpe, saltó los escalones de tres en tres, evitó llevarse por delante a la señora Elvira, la del tercero, que le tenía fobia al ascensor y subía y bajaba a pie, y atravesó el vestíbulo pisando justo por encima de donde el conserje, el señor Federico, acababa de fregar. Ni los gritos de la señora Elvira, literalmente aplastada contra la pared como una cornucopia, ni los del señor Federico, blandiendo su fregona como una espada, lograron detenerle.

¿Qué culpa tenía él de que la señora Elvira subiera y bajara a pie a sus años, y de que al señor Federico le diera por ponerse a fregar el vestíbulo a esa hora? ¿Qué querían? ¿Que volara?

Desde luego, el mundo estaba majara.

Cuando Ángel le vio llegar se quedó muy tieso.

—¿Qué es eso? —señaló su camiseta.

En casa no le habían quedado más que dos opciones. Ponerse una camiseta cualquiera o sacar la sucia, a pesar de las manchas, el olor y todo lo demás.

Había escogido la segunda.

Total, volvería a ensuciarla.

—¿Qué va a ser? Mi camiseta.

—Huele a un kilómetro.

—Porque eres un narizotas. Si tuvieras una nariz normal, como la mía, no olerías nada.

—No seas burro.

—Y tú no seas idiota.

Echaron a andar hacia el campo de fútbol, donde ya se habían reunido algunos de los chicos del barrio. Podían empezar a patear la pelota mientras esperaban al resto para formar los equipos. Ángel se dio cuenta de que a su amigo le sucedía algo.

—¿Ha habido bronca?

—No.

—Pues si a mí, con un suspenso, casi me condenan a la silla eléctrica, a ti, con dos...

—Que no es eso.

—Vale.

Se rindió. A fin de cuentas, Ángel era su mejor amigo.

—Es mi madre —dijo—. Está muy rara hoy.

—La mía lo está siempre.

—Dice que le ha hablado a la lavadora.

—Bueno, la mía le habla a la tele, y hasta le grita.

—Estaba haciendo gimnasia.

—La mía hace puzles. Es una fanática de los puzles.

Felipe se sintió irritado.

—¿Esto qué es? ¿Un concurso de madres raras?

—Tú has empezado.

No llegaron hasta donde estaban los demás. Felipe tenía el ceño fruncido y cara de muy malas pulgas. El comportamiento de su madre era de lo más inusual, extraño. Se había levantado tarde, no se había duchado ni lavado los dientes, había tenido que prepararse el desayuno. Ningún control. Nada. Y, encima, lo de la lavadora. Y, como guinda, lo de la gimnasia.

¿Iba a ser así todo el verano?

Le entró un sudor frío.

¿Siempre?

—Venga, hombre —le dio un codazo Ángel—. Ya sabes que los mayores tienen días y días, que no siempre están igual. Hoy te ríen una gracia y mañana eso mismo les carga y te sueltan un sermón.

—Mi madre no —exhaló—. Va a piñón fijo.

Miraron el campo de juego. El día era espectacular. Prometía. Y más con todo un verano por delante, las vacaciones en dos semanas y septiembre muy, muy lejos.

Tenía tiempo de sobra para aprobar mates y lengua.

Total...

—Vamos a jugar —se decidió Felipe.

Una mañana asquerosa

No fue la mejor de las mañanas.

Más bien fue asquerosa.

Los dos que más sabían jugar al fútbol, Javi y Andrés, eran los que siempre escogían, y a él le escogieron el penúltimo, como si fuera un torpe o no le quisieran. Encima, Ángel estaba en el otro equipo y le dio por marcarle.

A la primera entrada, Felipe se fue al suelo.

—¡Ah, bestia! —protestó.

Su amigo puso cara de inocente.

A la segunda entrada, más que irse al suelo voló por los aires.

Se dio un leñazo de mucho cuidado en el trasero, y contra la parte más dura y pedregosa del campo.

—¿Se puede saber de qué vas hoy? —se quejó Felipe.

—En el campo no conozco ni a mi padre —le soltó Ángel.

Eso lo habían oído hacía unos días de boca de Pedrinho, la estrella del equipo local.

Todos le habían aplaudido.

—Si hubiera árbitro te expulsaría —dijo Felipe.

—Pero como no lo hay...

Decidió irse al otro lado, para que no le marcara Ángel. Lo malo es que en el otro lado estaba el bestia de Josema, que le sacaba un palmo y cuando lanzaba la pierna nunca sabía si iba a darle a la pelota o al rival.

Felipe lo comprobó cuando se la hundió en el estómago.

Tuvo que retirarse a la banda a recuperar el aliento.

Por suerte, cinco minutos después, la madre de Josema se presentó en el parque pegando gritos y se lo llevó casi a rastras.

La madre medía dos palmos menos que Josema, así que la escena fue muy interesante.

Su nuevo marcador era Miguelito, un canijo.

Por fin pudo jugar más. Ya estaban dos a dos.

Pero siguió siendo una pésima mañana.

Obdulio, al que todos llamaban Obiuankenobi, le sirvió un gol en bandeja. No tenía más que empujar el balón a la red pero... a un metro de la línea de gol lo mandó a las nubes.

Felipe se quedó mirando el suelo, buscando la maldita piedra causante de aquel desaguisado.



A la siguiente jugada pasó casi lo mismo. El defensa rival hizo un mal despeje y el balón le cayó a los pies. No tenía más que colocarlo a la derecha del portero con un suave toque...

Se le fue más allá del palo.

—¡Te voy a poner de portero! —le gritó furioso Javi.

Se concentró. Ya perdían por dos a tres cuando hizo su gran jugada. Logró irse del defensa, se metió en el área, intentó driblar al central, lo consiguió, y ya encarando al portero, este le placó como si en lugar de jugar al fútbol lo hicieran al rugby.

Penalti.

No pudo ni coger la pelota. Lo hizo Javi.

—Quiero tirarlo yo —se quejó Felipe—. ¡El penalti me lo han hecho a mí!

Le bastó con ver la cara de su capitán para no insistir.

Gol.

Tres a tres.

Y nada más sacar de centro, el mismo Javi robó la pelota y marcó el cuarto gol, en plan figura.

Iban a ganar.

Quedaba poco para acabar el partido, y como los oponentes atacaban en desbandada, hubo que defender. Todos. Era ya el último minuto y la pelota se fue a córner. Felipe se quedó bajo los palos. La pelota voló y fue a parar a la cabeza de Ángel, que estaba solo. Bajito o no, aunque cerró los ojos, logró impactarla de lleno.

El balón fue directo a Felipe.

Le bastaba con despejarlo y ¡partido ganado!

Lo que sucedió... fue de lo más extraño e imprevisible. Primero el lío, como si tuviera una pierna de madera, después el susto, finalmente el miedo. Todo ello en menos de un segundo, lo que duró el vuelo de la pelota tras el remate de Ángel.

El gol no lo hizo su amigo, se lo metió él mismo, solito.

Y encima, al caer al suelo, se le rasgó la camiseta y se dio con la rodilla en el poste.

Mientras los del equipo rival rodeaban a Ángel para abrazarlo, los del suyo lo rodearon a él, que seguía en el suelo, poco menos que para matarlo.

Sus caras no eran nada amigables.

—¿Qué malo eres!

—¿No te vuelvo a coger más, aunque falten jugadores!

—¿Enaza!

O se peleaba con todos, y llevaba las de perder, o se resignaba y se hacía el duro.

Se resignó, aunque lo de hacerse el duro...

—¿Qué pasa? ¿Llevaba efecto! ¿Y además, la culpa es de Mateo! ¿Dónde estaba Mateo, eh? ¿El portero tiene que salir de puños!

—¿Quieres ver mi puño? —le amenazó Mateo.

Cuatro a cuatro. Para desempatar tiraron penaltis. Casualmente Javi falló el suyo y perdieron. Pero al contrario que a él, todos fueron a consolarlo.

—¿Qué mala suerte.

—Si es que esto es una lotería.

—Es culpa del campo, que cada día está peor.

Felipe se cansó y sin despedirse emprendió el camino de vuelta a su casa. A los pocos pasos le alcanzó Ángel, feliz por la victoria y como si no pasara nada.

—¿Qué hacemos esta tarde? —le preguntó.

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Te han castigado?

—Creo que me quedaré a estudiar mates —Felipe le fulminó con una mirada tipo rayo láser, aunque con efectos menos mortales—. Mejor esto que aguantar según qué.

—¿Huy, cómo te pones! —suspiró su amigo—. ¿Y eso del *ferpley*?

—¿El qué?

—El *ferpley*, lo de que cuando uno se cae los rivales echan la pelota fuera o si le da un pasmo al portero no le chutan.

—No se dice así.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se dice?

—No lo sé, pero así no.

Ángel miró por encima de su cabeza fingiendo buscar algo con el ceño fruncido.

—¿Y ahora qué? —se quejó Felipe.

—Nada, busco la nube que llevas todo el rato encima.

—**M**ira, paso! —le dio la espalda y se encaminó a su casa con un humor de perros.

—**H**asta luego, figura! —le despidió Ángel socarrón.

Luego echó a correr porque Felipe ya se había agachado para coger una piedra.

Marchando una pizza

Llegó a su casa a una hora más que decente, con la camiseta rota, la rodilla pelada y su orgullo pisoteado. La rodilla era una herida «de guerra». Lo otro no. Su querida camiseta. Su honor.

—A ver qué pasa ahora —puso cara de circunstancias.

Esperaba tropezarse con el sargento de guardia, o sea, su madre en plan inspector general. Pero nada más abrir la puerta con lo que se encontró fue con el silencio.

¿Y si todavía estaba con lo de la gimnasia?

—¿Mamá?

Nada.

Lo comprobó. Terraza, galería, comedor, salón, cocina, el cuarto de baño, habitaciones...

Casi la hora de comer y no estaba en casa.

Increíble.

Fue a su cuarto, se quitó la camiseta y contempló el roto. Su madre tendría que esmerarse para dejarla bien y que no se notara. Porque comprarle otra... entre los suspensos y lo que costaban... No supo si volver a llevarla al lavadero o ponerla a la vista para que ella misma se diera cuenta del desastre.

La dejó en el cesto de la ropa sucia, pero arriba de todo, con el roto por delante.

Faltaban quince minutos para la hora de la comida.

Y entonces oyó el ruido de la puerta al abrirse.

Luego una voz.

—¡Hola!

Su padre.

Salió a recibirle. Cuando era pequeño corría por el pasillo y se echaba en sus brazos. Ahora era mayor, y con las broncas de los suspensos...

Mejor la cautela.

—Hola, papá.

—Hola, Felipe, ¿qué hay?

—Mamá no está.

Pensaba que su padre se mostraría extrañado, o incluso enfadado, aunque por la cuenta que le tocaba no era nada machista.

Pero no.

—Ah, sí, ya lo sé —dijo—. Me ha llamado. ¿Pedimos unas pizzas?

Felipe abrió unos ojos como platos.

¿Pizzas?

Solo pedían pizzas algunas noches, como algo excepcional, porque sus padres eran de los de «comer sano», verduritas y cosas así.

—¿Quieres pedir pizzas... para comer? —quiso dejarlo claro.

—Sí, bien ¿no?

—Sí, sí —Felipe movió la cabeza de arriba abajo un par de veces, vehementemente.

—Siempre quieres pizzas —dijo su padre.

—Que sí, que sí —insistió para que no fuera a cambiar de idea.

—Pues ya está. ¿De qué la quieres?

Su padre parecía de buen humor. Después de los dos cates era algo maravilloso, extraordinario. A lo mejor si le pedía otra camiseta se la compraba.

—Cuatro Estaciones.

—Yo la pediré... de carne —se sacó la cartera del bolsillo y le tendió un billete de cincuenta euros—. Los llamo yo, pero como voy a estar ocupado, cuando vengan pagas tú, ¿de acuerdo?

—Sí, papá.

Su padre desapareció en su habitación y él se metió en el baño para hacer pis.

—Le habrán subido el sueldo —murmuró Felipe—. Y además ya hace buen tiempo, y llega el verano...

Salió del cuarto de baño y fue a su habitación a jugar con la consola mientras esperaba la llegada de las pizzas. Nada más sentarse en su mesa de estudio se dio cuenta de algo.

La consola no estaba allí.

Buscó bien: la mesa, los cajones, el armario...

Luego se estremeció.

¿Y si se la habían requisado por culpa de los dos suspensos?

Le entró un sudor frío.

Todo el verano sin jugar.

—Ay —suspiró mientras sentía un nuevo escalofrío.

Salió de la habitación dispuesto a todo. A pelearse con quien fuera si hacía falta. ¶ Los cates eran los cates y los derechos humanos los derechos humanos! Llegó al salón y cuando se disponía a hablar con su padre, se quedó paralizado y con la boca abierta.

La consola, su estupenda *M-Box 97 Flash-up*, estaba allí.

La tenía su padre.

Estaba jugando a matar marcianos con ella.

Matando marcianitos

Se quedó mirando a su desconocido padre como si fuera la primera vez que le veía. Aunque desde luego era la primera vez que le veía así.

Despeinado, descompuesto, haciendo muecas, agitándose en la butaca mientras sus manos le daban a los resortes del mando.

—¡Así, así!... ¡Bien!... ¡Toma ya, asqueroso mutante, bicho repelente!... ¡Huy!... ¿Quieres caña? ¡Toma caña!... ¡Yeeeeppp-aaa!

—¡Papá!

Ni caso.

—¡Vamos, venid, venid a por mí, marcianos de las narices!

—¡Papá!

—¡Cállate, Felipe, no me distraigas, que voy a batir el récord! —dijo mientras casi saltaba de la butaca sin dejar de disparar con el mando.

¿Aquel era *su* padre?

Felipe estaba seguro de que ya nunca podría olvidar su expresión de locura.

Esperó un minuto. Dos.

Acabó la partida, pero se quedó en la butaca, jadeando, sudoroso, con el pelo de punta y la misma expresión de locura de un par de minutos antes.

—¡Qué pasada! —gritó por fin, emocionado, cerrando un puño en señal de victoria.

Felipe decidió tener calma.

—No sabía que te gustaba la consola —dijo.

—¿Gustarme? ¡Es genial!

—Ah.

—¿Han traído las pizzas?

—No.

—Entonces vete. Avísame cuando lleguen. Voy a batir el récord otra vez!

—Papá, que la consola es mía.

La mirada que le lanzó su progenitor no auguraba nada bueno.

—No seas plasta, venga. Déjame jugar —se dispuso a comenzar de nuevo.

—¿Que quiero jugar yo!

—Lo siento pero me toca. Anda, estudia o lee o haz algo, pero no molestes.

¿Molestar?

Primero su madre y la gimnasia. Ahora su padre y la consola. Allí estaba pasando algo muy raro.



—¿Jugamos juntos? —propuso el chico indeciso.

—No.

Fue tan categórico que Felipe alucinó todavía más. Por lo general, era su padre el que quería jugar con él, pero él se negaba porque se creía muy mayor para ello.

—¿Por qué?

—Porque cuando te gano te enfadas.

—No vas a ganarme.

—¡Ja, ja! —se rió y añadió—: ¡Largo!

—¡La consola es mía! —se desesperó Felipe.

Eso sí hizo que su padre le mirara fijamente.

—¿La pagaste tú?

—Fue un regalo.

El hombre hizo memoria.

—¡Oh, sí, ya me acuerdo! —alzó las cejas—. Bueno, pues queda confiscada.

—¿Cómo que...?

—Requisada por la autoridad competente —debió de parecerle gracioso el apelativo porque sonrió con sadismo—. Mira qué bien.

—Bueno, ya vale, ¿no?

No, no valía.

Su padre se puso serio.

—Felipe, ¡Largo!

Conocía el tono. Vaya si lo conocía. Era el mismo que había empleado el día de los suspensos.

No podía creerlo.

La consola... confiscada.

El peor de los cataclismos.

Una vida sin consola era...

¡Nada!

Apretó los puños y le lanzó una mirada fulminante, aunque su padre, que ya había empezado la nueva partida, ni se enteró, y caminó hacia su cuarto igual que si pisara uvas, con toda su desolación por bandera.

Una vez a solas, se sintió desesperado.

Tanto, pero tanto, que cogió un libro.

¿Querían un robot, una máquina, un listillo-todo-matrículas, era eso?

Intentó concentrarse en la lectura.

No pudo.

Estaba sucediendo algo. Lo tenía claro. Algo extraño y... siniestro. Recordó una película en la que unos extraterrestres se apoderaban de la voluntad de la gente. ¿Era eso? ¿Estaban poseídos sus padres? ¿Tanto como para que ella hiciera gimnasia, le hablara a la lavadora, no estuviera a la hora de comer, y a él le diera por matar marcianitos?

Intentó leer.

Lo intentó.

Y pese a la furia y la desazón, al final lo consiguió.

Veinte minutos después, cuando el repartidor de pizzas llamó al timbre, Felipe estaba verdaderamente inmerso en la lectura del libro, que era estupendo.

Fue a abrir la puerta y oyó la voz de su padre, que seguía jugando en el salón.

— ¡Sí!... ¡Muere, guarro!... ¡Toma ya!... ¡Setecientos noventa mil!... ¡Bang, bang, bang!

El gran misterio

La pizza estaba muy rica, pero por una vez Felipe no la disfrutaba.

Sus peores sospechas se confirmaron cuando su padre, sin hablarle de las mates o la lengua, le preguntó muy feliz:

—¿Has ido a jugar al fútbol esta mañana?

—Sí —respondió con el bocado a medio masticar.

—Qué bien —asintió el cabeza de familia.

Felipe casi se tragó el trozo entero.

—Efta pizza eftá bueísima... —farfulló el hombre con la boca llena.

Otro silencio breve.

—¿Has marcado algún gol?

—Me han hecho un penalti cuando iba a hacerlo.

—¿Lo has tirado tú?

—No, el capitán del equipo.

—Muy bien —asintió su padre—. Así me gusta. Solidario y respetando los galones.

¿Le hablaba de la camiseta rota, inventándose una prodigiosa jugada, para que estuviera orgulloso de él?

No, mejor no.

De un momento a otro le diría lo habitual: que estudiara, que no dejara pasar los días, que no lo hiciera todo a última hora, que el verano se iba en un abrir y cerrar de ojos y bla-bla-bla.

Lo de todos los años pero agravado por los dos suspensos.

Sí, se había apalancado un poco durante el curso, la verdad.

—Papá...

—¿Sí?

—¿En qué piensas?

—¿Yo? En nada. Estoy contento, eso es todo. He batido mi récord!

—¿Estás contento... porque has batido tu récord con la máquina?

—Sí, ¿te parece poco? ¿Cuál es el tuyo?

—Novecientos cincuenta y siete mil.

—Bueno, no está mal —se hizo el chulo—. Eres joven. Yo, un millón noventa y dos mil.

—¿Has hecho... un millón noventa y dos mil?

—Sí.

—¿Y cuándo juegas tú con la consola para tener tanta práctica?

—Oh, he empezado hoy. Engancha mucho, ¿sabes? No me extraña que no hagas nada más que jugar con ella.

—Yo no hago eso —se defendió Felipe.

—No, si está bien —comentó su padre encogiéndose de hombros—. No todo el mundo puede ser arquitecto o médico. A lo mejor te conviertes en campeón mundial de matar marcianitos.

Aquello era el colmo.

—Papá, ¿te encuentras bien?

—De fábula —le dio un enorme bocado a la pizza y masticó con energía—. Ya tengo ganas de acabar de comer para volver a jugar. Seguro que llego al millón y cuarto!

—Papá!

—¿Qué?

—¿No vas a trabajar?

—No, hoy no. Tengo la tarde libre, ¿por qué?

—Podríamos ir a alguna parte.

—Huy, no, no puedo.

Era la misma conversación que habían mantenido una semana antes, solo que al revés.

Aquello tenía cada vez más mala espina.

Felipe se levantó y pasó por detrás de su padre buscando el lugar por el que los marcianos de verdad se habían apoderado de su cerebro. No vio nada. A lo mejor eran esporas y las había respirado. O como el bicho de *Alien*, que salía por el pecho.

—Recoge tú la mesa —ordenó el hombre y se puso en pie todavía masticando el último bocado de pizza—. ¡Vamos allá!

Lo vio caminar en busca de su butaca y del mando de la consola.

Se sintió muy solo.

Muy mal.

Hizo lo que le decía, porque no tenía ni fuerzas para discutir. Recogió la mesa, puso los platos en el fregadero y se metió otra vez en su habitación. Tuvo que cerrar la puerta porque el entusiasmo de su padre rayaba en la locura. Cada vez gritaba más.

Puso música para no escucharle.

Leyó un poco más.

Una hora.

Cuando salió, los gritos seguían.

—¡Aaah!... ¡No podrás conmigo!... ¡Vamos, ven, bicho peludo!... ¿Ah, sí, ah, sí, tú y quién más? ¡Toma ya!

Era insoportable.

Y su madre sin volver.

Llegó al salón e hizo una última tentativa.

—¡Papá, salgo!

—Mmm...

—¡Papá, que me voy!

Esperaba el «no vuelvas tarde» o peor, el «¿adónde vas?» preliminar al recordatorio de los suspensos.

Pero ni por esas.

—¡Vale!

Felipe caminó hasta la puerta, la abrió, salió, cerró despacio y bajó la escalera peldaño a peldaño, pensativo, sin creerse lo que estaba sucediendo, porque desde luego sucedía algo y muy

grave, con o sin marcianos de verdad apoderándose de la voluntad de sus padres.

Cuando llegó a la calle no supo adónde ir, porque era demasiado temprano para reunirse con Ángel.

—¡Jo! —resopló abatido, sentándose en el bordillo, frente a su casa.

Y la guinda nocturna

No llegó muy tarde, y por si acaso, fue a darle un beso a su madre, que ya estaba en casa.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño, ¿lo has pasado bien?

—Sí.

—Me alegro.

Eso fue todo.

Creía que su padre habría acabado con la consola pero se equivocó. A un par de pasos del salón, oyó ya sus comentarios y suspiros:

—¡Ya, ya...! ¡Un millón y cuarto, sí, bien!

Se asomó por la puerta. Su padre estaba desencajado, rojo, con los ojos fuera de las órbitas. Disfrutando como un niño, eso sí.

—Mamá, ¿has visto a papá?

—Sí, como un crío, ¿verdad?

—¿No estará enfermo?

—Qué va, es que le ha cogido el tranquillo a eso. ¡Ya puedes despedirte de la consola!

Y se echó a reír alegremente.

Fue de vuelta a su habitación, al libro. Se sentía hundido, sin ganas de nada, aunque reconocía que la novela era muy buena, la mejor de las que había leído en los últimos tiempos. Era lo único que le evitaba pensar en lo que sucedía en casa y le apartaba de las preocupaciones. Su madre en plan pasota y su padre...

¿Y si los extraterrestres eran ellos?

Felipe comprendió que estaba realmente asustado.

Se puso a leer y esta vez le costó más concentrarse. Un sexto sentido le advertía del peligro. Conocía muy bien a sus padres, desde que había nacido, y aquello no era normal; todo lo contrario, era anormalísimo.

Esperó la hora de la cena con un nudo en el estómago y la cabeza llena de malos presagios.

Pero al menos, como antes, el libro logró capturar su atención y se volcó en él, sumergiéndose en la historia. Tanto que de pronto miró la hora y se quedó a cuadros.

¡Nueve y veinte!

En su casa se cenaba muy puntual, porque su madre era una maniática de las «comidas-a-su-hora». Eso permitía hacer bien las digestiones, acostarse sin tener la cena como quien dice todavía en la garganta, no sufrir pesadillas a causa de un estómago repleto. Ah, y comer sano, siempre sano.

Las nueve y veinte y no le habían llamado para cenar.

Dejó el libro y asomó la cabeza al pasillo.

Aguzó el oído.

¿Seguiría su padre jugando como un loco?

Se armó de valor y fue al salón.

No, su padre ya no jugaba. Él y su madre estaban viendo una peli en la tele, tan ricamente. Debía de ser divertida porque se reían como bobos, muy juntitos, abrazados en el sofá como una pareja de novios.

Y a ambos lados tenían sendos platos vacíos.

Ellos sí habían cenado.

¡Bocadillos! ¡Nada de comida sana y-en-la-mesa!

Cada vez le costaba más digerir todo aquello, así que volvió a vacilar. Pero tenía hambre. Mucha hambre. Por lo tanto se acercó a su madre y...

—Mamá.

—Ahora no, Felipe, que está muy interesante. Espérate a que pongan los anuncios.

—Pero...

—Chissst...

Los dos rieron de nuevo cuando a la protagonista se le cayó todo por el suelo.

No tuvo más remedio que hacer lo que le decía ella. Una voz interior le aconsejaba que mantuviera la calma, que no gritara, que no se enfadara. Por lo menos hasta saber qué estaba pasando.

Tuvo suerte. A los dos minutos empezaron los anuncios.

—¡Voy a hacer pis! —dijo su padre.

Felipe se quedó solo con su madre.

—Mamá... —le recordó que estaba allí.

—¿Qué quieres?

—Cenar.

Su madre alzó las cejas. Igual que si le pidiera algo muy raro.

—¿No has cenado?

—No.

—¿Y eso?

—Bueno... si no me has llamado.

—¿Llamado? ¿Para qué?

—Pues para cenar.

—Veamos... —ella se puso de cara a él sin cambiar de posición, las piernas dobladas sobre el sofá—. ¿Quieres cenar?

—Sí.

Ella le cogió el brazo derecho.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Mi brazo.

—¿Y esto? —sostuvo su mano.

—Mi mano —dijo él sin entender nada.

—Y a ver... —se puso a contarle los dedos—. Uno, dos, tres, cuatro... y cinco. ¿Correcto?

—Sí.

Le cogió el otro brazo, el izquierdo.

—¿Te parece a ti que este es igual?

—Sí.

—¿O sea que tienes dos brazos, dos manos y veinte dedos, y todo funciona correctamente?

—Sí —Felipe tragó saliva, empezaba a comprender por dónde iban los tiros.

—Pues mira tú —la mujer hizo un gesto de lo más evidente—. Tienes lo necesario para hacer de todo, como por ejemplo la cena.

—**Mamá!**

—**Ay, Felipe, que te has pasado el día gastándome el nombre, hijo! ¡Hala, vete a la cocina! Hay pan, embutidos en el *tupper* azul y zumo en la nevera —la película iba a continuar, porque la cadena puso un último anuncio de autopropaganda que ya conocían. Entonces ella gritó—: ¡Quique, la peli!**

Su padre reapareció en el salón a la carrera.

Se sentó en el sofá, volvieron a cogerse de las manos como críos, ella se recostó sobre él y pasaron de todo menos de la película.

Imposible decirles ya nada más.

Y mucho menos preguntarles de una buena vez qué estaba pasando allí.

Felipe los dejó solos.

Se reían.

Tan panchos.

Fue a la cocina, se preparó un bocata, se lo zampó con apetito, y como no había vigilancia materna, incluso se pasó con el chocolate de postre, aun sabiendo que luego podía tener una mala noche y pesadillas. Era una venganza tonta, porque el que lo pasaba mal era él, pero es que estaba furioso.

Tanto como preocupado.

Cuando se metió en la cama, a la hora que quiso, porque ni su padre ni su madre lo apremiaron para que lo hiciera y apagara

la luz, le dolía el estómago y por su cabeza solo volaban malos presagios.



El segundo día

Durmió muy inquieto y tuvo tantas pesadillas que al abrir los ojos al día siguiente, tarde aunque no tanto como la mañana anterior, pasó de Águila Negra y saltó de la cama dispuesto a enfrentarse a la verdad. Y si sus padres eran extraterrestres o habían sido abducidos por ellos, buscaría un antídoto o algo así.

Porque, desde luego, normales no estaban.

Vaya que no.

Salió de su habitación para ir primero al cuarto de baño, pero apenas si pudo dar un paso. El pasillo, siempre immaculado, estaba ahora lleno de carteles pegados a la pared y a las puertas con cinta adhesiva. Carteles con enormes letras de colores, chillonas, espectaculares.

Se le doblaron las rodillas cuando empezó a leerlos:

«Padres unidos jamás serán vencidos», «Padres al poder», «Dad una oportunidad a los padres», «Resistiremos!», «No nos moverán», «A las barricadas!», «Abajo la dictadura de los insolidarios», «Mayo del 68 revisado», «Somos espíritus libres»...

El de su puerta decía «Beligro!».

Porque se estaba haciendo pis, que si no...

Se metió en el cuarto de baño. En el espejo había una pintada en rojo: «Huelga!». Y al subir la tapa del inodoro, descubrió otra escrita en el interior: «Caca!».

Orinó a la velocidad del rayo y todavía sin acabar de soltar la última gota salió a la carrera con el alma en vilo, el corazón encogido y la mente a cuadros.

Su madre estaba en la terraza. No hacía gimnasia. Tomaba el sol en bikini.

Un bikini ajustadísimo, de color verde botella brillante.

—¿Mamá? —dijo completamente paralizado.

—Ah, hola! —ella ni se movió, como si por hacerlo fuera a quedarse sin algún rayo solar.

—Mamá —repitió casi bloqueado.

—Me estás gastando el nombre, cielo.

—¿Qué... haces?

—Huy, qué pregunta! ¿No lo ves? Tomar el sol tan ricamente —suspiró con profundidad y soltó un reivindicativo—: No que me he perdido estos años!

Felipe temía hacer la gran pregunta, sobre todo después de ver aquellos carteles pegados a las paredes.

—Es que... hoy es... sábado —tartamudeó.

—¿Sábado? Ni me acordaba. Bien, bien.

«Padres al poder».

«Huelga!».

«Abajo la dictadura de los insolidarios».

Allí el único «insolidario» se suponía que era él.

—Mam...

—Mira, Felipe —ahora sí su madre movió la cabeza para verle, pero sin alterarse, sin enfadarse, con toda naturalidad—. Haz lo que quieras, no tienes que pedir permiso para nada.

—¿Ah, sí?

—Lo que tú quieras.

—¿Todo?

—Todo.

Parecía un regalo de los dioses, el sueño de todo niño, y sin embargo sonaba a catástrofe. Un mundo sin leyes ni autoridad paterna.

O sea... el caos.

Despertar a cualquier hora, tener que hacerse el desayuno, la comida y la cena, no encontrar la camiseta limpia en el armario, olvidarse de la consola...

—Bueno, ya vale —se rindió—. ¿Vas a decirme de una vez qué está pasando aquí?

La mirada de su madre se hizo de lo más evidente.

—Ay, Felipe, hijo, pareces tonto. ¿No has visto los carteles?

—Sí.

—Creíamos que ayer ya había quedado claro, pero como no te dabas por enterado hemos hecho todos esos letreros para reivindicar nuestros derechos —y entonces le soltó la bomba tan alegremente, porque lo hizo sonriendo feliz—: ¡Estamos en huelga!

—¿En... huelga?

—¡No lo repitas todo como un loro, que pareces un disco rayado! ¿Quieres dejarme tomar el sol? ¡Estamos en huelga, huelga! —levantó un puño al cielo y se puso a cantar—: «No, no, no nos moverán. No, no, no nos moverán».

Felipe ya no pudo abrir la boca.

Su madre alargó la mano, cogió el iPod que tenía a su lado, se encasquetó los auriculares y lo puso en marcha.

Rock duro, a toda potencia.

Ella.

—¡Guao! —gritó enardecida.

Hora de irse.

¡Huelga!

Su padre seguía con la consola.

Más y más alucinante.

No se atrevió a interrumpirle. Despeinado, feliz, medio histérico, moviéndose como si tuviera un ataque de epilepsia, su progenitor le daba febril a los mandos. Dejó que superara una vez más su récord. Ya estaba en un millón y medio de puntos. Una pasada. Jamás hubiera imaginado que un adulto consiguiera algo así. Creía que no tenían bastantes neuronas, o reflejos, o las dos cosas a la vez. Pero sí. Ahí estaba la prueba.

—Un millón quinientos nueve mil doscientos setenta y cinco!
—cantó el hombre, feliz como un niño con zapatos nuevos.

—Papá... —metió baza Felipe antes de que empezara otra partida.

—¿Qué? ¿No ves que estoy jugando?

¿De qué le sonaba eso a él?

Lo mismo que decía cuando sus padres le interrumpían.

Se dio cuenta de lo desagradable que era.

—Papá, oye, que esto ya... Bueno, quiero decir que... Es que verás... —no había forma de que encontrara las palabras adecuadas, y mientras, su padre le miraba con cara de fastidio y aburrimiento—. Yo... —finalmente se vino abajo—. Papá, ¿qué pasa?

—¿No has visto los carteles?

—Sí.

—¿No te lo ha contado tu madre?

—Sí.

—Pues ya está, es eso: que estamos en huelga.

—¿Tú también?

—Sí, sí, claro.

—No podéis hacer huelga.

—¿Ah, no? —le observó perplejo.

—¿En huelga de qué, a ver?

—Pues de padres —asintió el hombre con toda naturalidad—.

Estamos en huelga de padres.

Felipe sabía lo que era una huelga.

Pero de padres...

Era la primera vez que oía algo semejante.

—Eso es absurdo —dijo.

—¿Por qué?

—Porque siempre seréis padres.

—Ya, pero podemos dejarlo en suspenso por unos días, o unas semanas, o unos meses. Tomarnos un respiro. Y eso es lo que hemos decidido hacer —se llenó los pulmones de aire—. ¿Sabes algo? Es fantástico. No sé cómo no lo hemos pensado antes.

El chico buscó argumentos y el único que se le ocurrió fue:

—¿Es un juego?

—No.

—No entiendo nada.

—Pues es muy sencillo —su padre dejó el mando de la consola y se puso serio—. Somos tus padres, no tus esclavos, así que desde hoy... Esto es una democracia: el poder del pueblo para el pueblo. Todos somos iguales. ¿Quieres comer? Te lo haces tú. La nevera estará llena, descuida, eso queda claro porque no tienes dinero para comprar nada. ¿Quieres ropa limpia? Te la lavas. ¿Quieres salir? Sales, pero eso sí, asumiendo tu responsabilidad. Nosotros ya no vamos a discutir más.

—Pero... no es justo.

—¿Por qué no es justo, a ver?

—Soy un niño.

—Ah, ¿y eso te da licencia para todo? Suspender, no estudiar, quejarte, poner mala cara, enfadarte, no hacer caso, pasar olímpicamente, ensuciar, no recoger nada de tu cuarto o de la

mesa, quedarte ciego con la consola, tomarnos el pelo como si fuéramos tontos... ¿Sigo?

—No, no —lo dicho y más se lo sabía de memoria—. Pero no es justo —repitió.

—Vaya con qué me sales.

—Quiero decir que yo no hago todo eso adrede, es que...

Su padre cruzó los brazos.

—¿Te has duchado? —preguntó.

—No.

—¿Te has lavado los dientes?

—No.

—¿Has llamado a la abuela como quedamos, al menos una vez a la semana?

—No.

—¿Has estudiado matemáticas o lengua?

—No, pero he leído un libro.

—**O**oh...! —pareció darle un ataque de éxtasis—. ¿Quieres que lo grite por la ventana? ¿Doy la exclusiva en Internet? ¿Me desmayo?

—No —Felipe bajó la cabeza contrariado.

—¿Y dices que no nos tomas el pelo? Hijo: haces siempre lo que te da la real gana. Por lo tanto... —levantó las manos con las palmas hacia afuera y dijo—: Nosotros también.

—Vale, ¿y si...?

—No es hora de negociaciones —volvió a coger el mando de la consola—. Anda, déjame continuar que quiero seguir batiendo mi récord, pardillo.

—**J**o!

—Felipe...

—**V**a vale!, ¿no?

El hombre le miró por última vez. Luego se lo deletreó:

—Hache, u, e, ele, ge, a. Huelga. ¿Lo pillas? Pues vale. Chao.

Volvió a poner en marcha la consola e inició una nueva partida.

Primero su madre, ahora su padre. Aquello iba en serio.

Vaya que si iba en serio.

Abatido, como un general derrotado, Felipe fue a su cuarto pasando de ducharse y lavarse los dientes ya que nadie iba a controlarle, y tras tomarse otra ración de cereales con leche salió a la calle igual que un preso con la libertad condicional recién conseguida tras haber estado treinta años en una prisión.

Porque aquella mañana, el mundo era diferente.

Caminos sin salida

Ángel abrió unos ojos como platos cuando se lo contó.

—¿Huelga? —se sorprendió.

—Eso dicen.

—Pero ¿eso no es cuando los de abajo piden algo a los de arriba? O sea... ¿los mandados a los que mandan?

—Sí, ¿no?

—¿Y cómo van a hacer huelga los que mandan?

—El mundo al revés —respondió Felipe, exteriorizando sus pensamientos.

—¿Y cómo vas a arreglarlo? —se preocupó Ángel.

—¿Los que negocian no son siempre los sindicatos?

—Sí, pero que yo sepa no hay un sindicato de niños.

—Pues debería haberlo —siguió sumido en su confusión Felipe.

—¿No está ese...? ¿Cómo se llama...? El que defiende... El defensor del pueblo!

—¿Y tú crees que ese señor me haría caso a mí?

—Eres parte del pueblo, ¿no? Bueno, quiero decir que todos lo somos.

—¿No había una oficina del menor o algo parecido?

—Ni idea.

Estaban en un callejón sin salida. Podían darle vueltas y más vueltas y la única realidad era que Enrique Puig Bellacasa y Sonia Brunell Martínez se habían declarado en huelga.

Ni siquiera sabían si existían precedentes.

—Hace poco hubo una huelga de pilotos y no volaba ningún avión —dijo Ángel—. Luego, se declararon en huelga en una fábrica, y nadie hizo nada en dos semanas. Lo sé porque mi tío

Agustín era uno de los que estuvieron en huelga de brazos caídos.

—¿Cómo lo arreglaron?

—Pactando.

—Ya, pero ¿cómo?

—Lo de los aviones, no sé, pero en la fábrica, sí. Ellos pedían cien y los mandamases ofrecieron veinte. Luego unos dijeron que noventa y los jefazos que treinta. Las negociaciones se rompieron a lo bestia cuando unos dijeron que no bajaban de ochenta y los mandamases dijeron que no pasaban de cuarenta. Después de más días de huelga, volvieron a sentarse a dialogar y entonces todo se quedó en un cincuenta-cincuenta, que era lo que en el fondo querían todos desde el principio.

—Pues si era lo que querían desde el principio, ¿por qué no empezaron por ahí y todo se habría acabado antes? —se extrañó Felipe.

—Supongo que si se ponen de acuerdo de buenas a primeras, no tiene gracia. Cada bando debe demostrar su fuerza y de paso ver si el otro cede. Luego todos dicen que han ganado, los de abajo sonríen porque habrían bajado a cuarenta y los de arriba suspiran porque habrían llegado a sesenta, pero en el fondo cincuenta-cincuenta es lo justo.

—Están locos.

—Como cabras —se solidarizó Ángel.

Se hundieron en sus pensamientos, sin salir a flote.

—Qué asco todo eso de la diplomacia —suspiró Felipe.

—No es diplomacia. Es otra cosa. La diplomacia es para los países. En el caso del trabajo y las huelgas se llama «pactar».

Felipe estaba impresionado por lo mucho que sabía su amigo. No le servía de nada, pero por lo menos se enteraba.

—Estoy perdido —dijo y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Negociarán, tranqui.

—Ya, me exigirán todo y yo no podré pedir nada a cambio. Será una rendición total.

—Ah, no. Pactar significa que cada cual da algo y renuncia a algo.

—¿Qué quieres que les pida a ellos?

—No sé, si tú cumples... más paga semanal, más horas de jugar a la consola, más...

Dejó de hablar porque Felipe le miraba con incredulidad.

Eso los volvió a sumir en el silencio.

Abatidos.

—¡Lo! —se quejó uno.

—Ya —corroboró el otro.

—Si es que... —rezongó uno.

—Y que lo digas —le secundó el otro.

—¡Buf!

—¡Bfff...!

Después de tan gráficas y lúcidas expresiones, se quedaron en silencio durante un buen montón de segundos.

Ni siquiera tenían ganas de jugar.

Ángel lo remachó diciendo:

—Lo tienes chungo.

—Tope.

—Pero se cansarán.

—¿Tú crees?

—Si no comes, adelgazarás y todo eso, y si encima te pones enfermo... Huy, eso seguro que les desbarata todo el tinglado.

—¿Pillo algo, en pleno verano?

—No sé dónde podrías contagiarte la gripe, o un simple resfriado. Ahora mismo no conocemos a nadie enfermo.

—Anda que como se lo cuenten a tus padres...

Ángel se quedó blanco.

Como la cera.

—¡Ay, Dios! —se estremeció con los ojos desorbitados.

—¿Qué te pasa?

Su amigo se lo soltó igual que una bomba:

—¡Tu madre y la mía se veían hoy para no sé qué cosa!

Ahora sí, el mundo acabó de hundirse bajo sus pies.

Solo en casa

Cuando llegó a su casa sus padres no estaban.

El silencio era absoluto.

Felipe atravesó el pasillo como un explorador perdido en el desierto atraviesa las dunas ardientes que le envuelven por todas partes. No quiso mirar los carteles. Ni tocarlos. Se metió en la cocina y allí, en la nevera, vio el mensaje.

«Querido hijo, hemos salido a comer fuera y pasarlo bien. No sufras si llegamos tarde. A lo mejor vamos al cine, o a bailar, o las dos cosas. ¡Ja, ja, ja! Besos. Te queremos».

Encima cachondeo.

«Ja, ja, ja».

«Besos».

«Te queremos».

¡Buen qué bien!

Ni siquiera una palabra con relación a que comiera, estudiara... Nada, ¡Nada! Pasaban de él olímpicamente.

¡Estaban en huelga!

Felipe miró la cocina con amargura. Abrió la nevera y fue como si mirara un programa de la tele sin voz. O peor, uno del Plus sin descodificar. Toda la vida insistiendo en lo de que comiera bien y ahora dejaban que se las apañara. No era justo. Se le quitó el hambre de golpe y fue a su habitación. La cama por hacer, la ropa por el suelo, exactamente donde la había tirado o dejado caer él la noche anterior. Lo mismo el pijama al levantarse. No faltaban sus olorosas zapatillas deportivas, que nunca se acordaba de airear en la repisa de la ventana para no «perfumar» el ambiente. Se ponía un día unas y al otro otras

para alternar, porque sus pies eran una fábrica de aromas pútridos.

Un desastre.

Encima, con la moral tan baja y el humor de perros, no tenía ni ganas de aprovecharse de las circunstancias. Se sentía la mar de raro. No era él. Podría coger la consola y pasarse toda la tarde disfrutándola. O conectarse a Internet y lo mismo, navegar de un lado a otro. También podría ver la tele, escuchar música a todo volumen, llamar a Ángel y que fuera a su casa para jugar juntos sin miedo a broncas...

—Es como si yo ya no formara parte de esto —se dijo de pronto.

El mundo no era perfecto. Se había convertido en un lugar extraño, inhóspito. Una selva.

Acabó comprendiendo que tenía hambre, así que regresó a la cocina y volvió a abrir la nevera. Tampoco debía de ser tan difícil prepararse algo que no fuera un bocadillo. Sacó un *brik* de caldo y de la parte baja, el refrigerador, un filete congelado. En la despensa encontró un bote de cristal con fideos. Llenó un cazo con el caldo, le añadió los fideos y lo puso todo a calentar. Lo del filete era más complicado, pero en el microondas había un programa de descongelación. Metió el filete dentro, en un plato, le dio a la tecla correspondiente y luego lo puso en marcha.

Se sentó en una silla a esperar con la cabeza dándole vueltas.

Se imaginó toda su vida de niño teniendo que prepararse cada día el desayuno, la comida y la cena.

Otro estremecimiento.

No, Ángel le había dicho que los huelguistas, primero, pressionaban, para reivindicar sus derechos, y que luego acababan negociando.

¿Cuándo sería eso?

Aunque solo fueran unos días, lo de cocinar, lavarse la ropa... todo se le antojaba una montaña.

Cuando la sopa de fideos se puso a hervir, la sacó del fuego. El filete ya estaba bastante descongelado, así que lo puso en una sartén. ¿Faltaba algo? Sí, aceite. Lo preparó todo y, hala, a esperar que se hiciera. No fue al comedor. Se quedó en la cocina y dispuso la mesa en la que solían comer o cenar a veces, cuando lo hacían de manera frugal o solo estaban él y su madre o él y su padre. La sopa estaba ardiendo y se quemó la lengua, pero fue un mal menor. El filete casi se le puso negro por uno de los lados, y encima, por haber utilizado demasiado aceite, una llamarada rojísima envolvió la sartén por unos segundos. Se asustó. Si encima le prendía fuego a la casa...

Al final todo salió mejor de lo que esperaba.

Comió sumido en sus pensamientos y de postre se tomó un yogur. Luego dejó los platos y los cubiertos en el fregadero y se los quedó mirando absorto.

Iba a tener que lavarlos.

Los lavó.

Después fue a su cuarto, recogió la ropa, colocó las zapatillas en la ventana y estiró las sábanas para dar apariencia de que se había hecho la cama.

No era mucho, pero al menos le ponía buena voluntad.

«Ellos» tendrían que valorarlo.

«Ellos».

Ya los veía como marcianos, con antenitas y todo.



¿Y ahora qué?

La tarde era suya. Podía hacer cualquier cosa. Fue al teléfono para llamar a Ángel y, justo cuando iba a coger el auricular del inalámbrico, el aparato se puso a sonar.

Sus padres, seguro, preocupados por saber si había comido, si estaba bien...

—¿Sí?

—¡Belipe!

No eran sus padres, era Ángel, y por el tono de voz, más bien un grito...

—¿Qué te pasa? —se alarmó.

Y su amigo le soltó la bomba.

—¡Mis padres también se han puesto en huelga!

La plaga se extiende

Se reunieron en el parque, lejos de los demás, para evaluar la situación. Temían que los teléfonos estuvieran pinchados. La situación era grave, extrema, única...

La situación era dramática.

—Lo mismo que tú —le dijo Ángel—. Carteles por toda la casa, hasta en los armarios, tipo «Si te quedas sin calzoncillos limpios, allá tú, hay que lavar los sucios»; y se han ido al cine con tus padres, tan ricamente. ¿Y sabes lo peor?

—¿Puede haber algo peor?

—No van a darme paga semanal! Dicen que comida no faltará, porque no trabajo, pero eso es todo! No van a darme nada salvo un techo, cama, algún beso...! No pone así mismo, te lo juro! «Tienes derecho a comida, cama y algún beso, que por algo eres nuestro hijo, pero nada más». ¿Te lo puedes creer?

Felipe ya se lo creía todo.

Era casi un veterano.

—Se han vuelto locos —suspiró abatido.

Y eso que la teoría de la abducción y la conspiración extraterrestre le gustaba más.

—Tiene que haber leyes contra lo de la huelga de los padres, seguro —dijo Ángel cruzándose de brazos.

—¿Cómo lo averiguamos?

—Por Internet, hombre.

—¿No hablamos el año pasado en clase de algo llamado «Los derechos del niño» o «Los derechos de la infancia»...?

—Sí! —gritó su amigo—. Decían que teníamos derecho a muchas cosas.

—Vamos a mirarlo.

—¿A tu casa o a la mía?

—Da lo mismo. No hay nadie en ninguna de las dos.

La casa de Felipe estaba más cerca, así que fueron a ella. Nada más entrar, Ángel se topó con los carteles reivindicativos. Cuando se metieron en la habitación, el chico abrió los ojos.

—¿Quién te ha hecho la cama y ha recogido la ropa?

—Yo —respondió Felipe bajando la mirada.

—Vaya —no supo qué decir su amigo.

—Pensé que...

—No, no, si es una buena táctica. ¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí?

—Lo tuyo es reciente. Yo ya llevo más que tú con esto.

Se sentaron delante del ordenador, y cuando estuvieron en Internet teclearon «Derechos del niño». Al momento aparecieron tropecientas páginas hablando de ello.

—¿Lo ves? —se animó Ángel—. Tenemos derechos!

Abrieron la primera.

Los leyeron uno por uno, con mucho cuidado.

Aquello era sin duda genial, pero por ninguna parte se decía qué hacer en caso de que los padres se declararan en huelga.

—Podemos «exigir» nuestros derechos —propuso Ángel.

—¿Y si ellos «exigen» los suyos?

—Mira a ver si también hay «Derechos de los padres».

Teclearon las cuatro palabras y nada. Muchas páginas de diversa índole, blogs, tonterías y demás historias, pero ninguna tan clara y precisa como la que hablaba de la infancia.

—Los padres no tienen derechos —dijo Ángel. No sonaba muy convincente—. Volvamos al parque —sugirió después de unos segundos.

—¿Otra vez?

—Sí —Ángel paseó una mirada cejijunta por las cuatro paredes de la habitación.

—¿Qué miras?

Su amigo bajó la voz, se acercó a su oído y le preguntó:

—¿Cómo sabes que no te han puesto una cámara?

—Estás paranoico!

—Chissst! —le cogió por el brazo y tiró de él—. Anda, vámonos.

No tuvo más remedio que seguirle. Apagó el ordenador y regresaron a la calle discutiendo sobre aquella locura de la cámara espía.

—¿Cómo te crees que pillan a los políticos y les graban sus conversaciones telefónicas? —insistía Ángel—. Pues ponen cámaras hasta en el retrete!

Nada más entrar en el parque apareció uno de sus compañeros de escuela y de juegos. Se llamaba Iker y era un auténtico peligro.

Un puro *destroyer*.

Se les cruzó por delante y los aplastó con la mirada.

—¿Se puede saber en qué líos os habéis metido? —les soltó sin andarse por las ramas.

—¿Nosotros? —exclamaron al unísono.

—Sí! Nuestros padres están llamando a todos los del barrio y el cole! Quieren que se sumen a una huelga! Incluso han amenazado con hacer piquetes si alguna madre no cumple y se ablanda! Esto es... como una guerra!

Felipe y Ángel abrieron y cerraron la boca sin decir nada.

No podían.

—Queréis hablar! —los amenazó Iker con un puño cerrado que más parecía una maza.

—Nosotros...

—... no tenemos...

—... ni idea...

—Algo habréis hecho! —tronó Iker deteniendo su tartamudeo a dos voces—. Los padres no se levantan un día y piensan «Voy a ver de qué forma fastidio hoy a mi hijo» —se enfureció aún

más—. Una huelga de padres es lo más gilipollas que nunca había oído!

Una señora que caminaba cerca le miró disgustada por su lenguaje.

—Todo empezó con él —Ángel señaló a Felipe.

—Mal amigo —se enfadó sintiéndose acorralado.

—Es la verdad! Fueron tus padres los promotores de este desaguisado! Es porque tú siempre te pasas un montón!

—Eso no es cierto.

—Si hasta tú mismo lo dices a veces, y te ríes!

Felipe iba a estallar.

Si encima le fallaba su mejor amigo...

—Ahora eso ya da igual —reflexionó Iker cediendo en su agresividad pero sin perder el mal humor.

Se quedaron pensativos.

La situación era grave. Demasiado. Ponerse a discutir resultaba de lo más absurdo cuando lo que se les avecinaba iba a requerir de toda su energía.

Iker casi pegó su nariz a la de ellos.

—Mañana por la mañana todos aquí, a las diez. Que corra la voz —dijo en plan conspirador.

El tercer día

Por la mañana se despertó a las nueve y veinte. Recordó la asamblea de niños del parque y saltó de la cama muy rápido. En el techo, la mancha que representaba a Águila Negra empezaba a sentirse muy sola. La esperanza de que las aguas hubieran vuelto a su cauce se disipó de inmediato cuando vio los mismos carteles en el pasillo y encontró a su madre en la terraza... pintando.

—Pintando!

Se le acercó por detrás y desencajó el rostro. Se suponía que pintaba la escena urbana que se veía desde allí: las casas, las calles, la montaña al fondo, el mar a lo lejos... Pero, suponiendo que aquellas manchas informes reflejaran mínimamente el panorama, en el cuadro el cielo era rojo, las casas verdes, el mar violeta y la montaña naranja. Su madre debía de ser seguidora de aquel tipo que se había cortado la oreja por no vender nunca un cuadro. Habían hablado de él en clase de literatura al ver algunas de sus obras. Van... Van... —Van Gogh!

Primero la gimnasia, luego tomar el sol en biquini, ahora pintar.

¿Qué haría al día siguiente?

—¿Mamá?

—Ah, hola cielo, buenos días. Bonito, ¿eh?

—¿Bonito...? ¿Eso?

Su madre hizo un gesto de pasar de él.

—Tú no tienes gusto —dijo—. Ni lo tendrás, claro. Suspendiendo como suspendes —se encogió de hombros—. Una pena, pero a mí me da lo mismo, allá tú.

Felipe se sintió herido en su amor propio.

—¿Te da lo mismo que suspenda?

—Ahora sí. Para eso estamos en huelga. Luchamos por una vida mejor y más digna.

«Ellos» luchaban por una vida mejor y más digna.

Cada día era peor.

—¿Y papá?

Los domingos su padre siempre le insistía en ir de paseo, jugar al fútbol juntos, visitar museos... y él le decía que no, que tenía partido, o había quedado con Ángel, o cualquier cosa, como si en el fondo le diera vergüenza ir con su padre siendo... ¿tan mayor?

Ahora no se sentía especialmente mayor.

Sino muy, muy niño.

—Está haciendo *footing* —le anunció su madre.

—¿Papá...? ¿Haciendo *footing*?

—Para ponerse en forma. Ahora que podremos viajar...

Iban a dejarle solo.

Se irían a China, o a Colombia, o a Kenia, y le dejarían solo.

Ya no pudo decir nada más. Le faltaban palabras. Cuanto más abría la boca era peor. Y tampoco quería escuchar los «planes» de sus «nuevos» padres.

Se duchó, se lavó los dientes, llevó la ropa sucia a la lavadora, arregló su cama, desayunó, se vistió mientras se daba cuenta de que en el armario cada vez quedaba menos ropa limpia y a las diez menos cinco salió de casa.

Se despidió solo por educación.

—¡Me voy!

—Muy bien, ¡que te diviertas! —le deseó su madre.

Llegó al parque más y más alucinado, con el cerebro del revés, incapaz de razonar. Nada más divisar la zona de la reunión comprendió que aquello iba a ser peor de lo que imaginaba, cien por cien tempestuoso. Allí se habían congregado ya dos docenas de niños y niñas.

Y llegaban más.

La discusión estaba en su apogeo. Gritos, exclamaciones.

—**M**i madre se ha ido a bucear!

—**L**a mía se ha comprado un saxo!

—**M**i padre ha decidido volver a actuar y se pasa el rato recitando poesías con una pose de lo más ridícula!

—**E**l mío dice que quiere ser escultor!

—**M**is padres se pasan el día dándose besitos y arrullándose como si fueran novios, y parecen TAN felices...!

Esta última afirmación hizo que todos los chicos y chicas mirasen impresionadísimos a la niña que lo había dicho.

El silencio duró por lo menos tres segundos.

Luego volvieron a hablar todos a la vez, en voz alta, tratando de hacerse oír unos a otros.

—**L**os míos ya no discuten por mí, para nada!

—**L**os míos ni se enfadan, se ríen por todo!

—**Y**o anoche rompí un jarrón y ni me gritaron! **C**omo si nada! Y cuando les dije que lo sentía me contestaron: «Tranquilo, hijo, lo apuntamos en el “debe”».

—¿Y eso qué es?

—**Q**ue el día menos pensado nos hacen pagar todo lo que hemos roto, cuando seamos mayores y trabajemos, digo yo!

El horror llegaba cada vez a límites más insospechados. Cada declaración superaba la anterior. Era como ver en directo una película de terror en la que el psicópata de turno va matando al personal uno por uno, a sangre fría, y con deliberado sadismo.

—**B**h, eh! —impuso su voz Iker, que por momentos se convertía en el líder de todos ellos—. **Y**a está bien de quejarnos y lloriquear! **E**s hora de pasar a la acción, que nosotros no somos mancos!, ¿vale?

—¿Y qué hacemos? —preguntó Mariví, una que medía ya tanto que jugaba al baloncesto de pívot.

—Sí, ellos tienen el poder —dijo Antonio remarcando esa última palabra con pánico.

—¡Nos aplastarán! —se puso apocalíptica Teresa, la más sensible de todo el grupo.

—No perdamos la calma —Iker extendió las dos manos con las palmas hacia abajo para dar mayor énfasis a sus palabras—. Las huelgas se hacen para conseguir algo, no duran siempre. Ahora nos están poniendo a prueba. Nos dicen: «¿Veis lo que pasará si esto dura?». Vale, pues ya lo sabemos.

—Pero ¿por qué lo hacen? —preguntó una niña llamada Carlota—. ¿Qué tiene que ver lo de la huelga con que, de pronto, se pongan a hacer cosas raras?

—Como pasan de nosotros, tienen más tiempo para hacer lo que nunca pueden hacer y querrían hacer, o aquello a lo que renunciaron al casarse y ser padres —explicó Mariasun.

Otra niña se echó a llorar. Se llamaba Perla y era de las más pequeñas.

—Pero... nos quieren, ¿no?

Todos le echaron un cable.

—Claro que sí, tía.

—Por eso nos tuvieron.

—Exacto. Se supone que lo hacen por nuestro bien. Nos están educando.

La niña se quedó momentáneamente tranquila.

Aunque la palabra «educar» hizo estremecer a más de uno.

Felipe y Ángel, por si acaso, no abrían la boca. Después de lo que había dicho Iker de que la culpa era del primero, porque sus padres habían iniciado el movimiento de los «indignados huelguistas paternos»... mejor callar.

—Escuchad —volvió a tomar la palabra Iker—. Os repito que es mejor no perder la calma. Los primeros días son los más críticos porque las posiciones se radicalizan. Luego llega la hora de la razón y todo el mundo se sienta a negociar.

—¿Y qué es lo que quieren, que nos portemos bien SIEMPRE?
—exclamó Berto.

—Para eso no hace falta negociar —dijo Elisenda—. Nos lo exigirán, pegarán cuatro gritos y ya está.

—No, no, no —insistió Iker—. No van por ahí los tiros. Cada uno de vosotros preguntará a sus padres qué es exactamente lo que quieren, y entonces, a cambio, les propondremos contrapartidas.

—Contra... ¿qué? —preguntó el burro de Fernando.

—Contrapartidas, cosas que cada cual también quiera mejorar, como llegar más tarde a casa, jugar más tiempo con la videoconsola o tomar dos helados en lugar de uno en verano. Hay que pactar. Por eso la negociación no puede ser colectiva en este caso. No somos una fábrica con un comité, como me cuenta mi padre que pasa donde él trabaja. Cada cual es su propia empresa, así que tendréis que negociar uno por uno. Un padre querrá que su hijo no diga tacos, y el otro que estudie, pero el que tiene un hijo que ya aprueba lo que querrá es que sea puntual o... yo qué sé, cosas así. ¿Lo pilláis?

Lo pillaban, lo pillaban.

Vaya si lo pillaban.

Y la sola idea de «negociar» con los padres se les hacía una montaña.

—Mis padres lo querrán TODO —suspiró Josema.

—Pues anda que el mío...

—Y el mío.

—Y el mío.

Los murmullos de abatimiento y desánimo se expandieron por doquier.

Pero ya estaba todo dicho.

No había otra opción.

—Negociad —repitió Iker—. Mañana nos contaremos lo que hemos conseguido, para tomar nota unos de otros, ¿vale?

Asintieron con la cabeza muy poco convencidos.
—Menudo verano nos espera —musitó Ángel.
Felipe pensó que si solo fuera el verano...

La lección de Laureano

La asamblea del parque terminó y los atribulados asistentes se marcharon en todas direcciones. Unos a casa, otros se quedaron por allí formando grupos. Felipe y Ángel se apartaron y se ocultaron detrás de unos matorrales.

Por lo menos nadie les había echado las culpas.

—Menudo marrón.

—Y que lo digas.

—Si es que la vida te da cada susto...

No querían ponerse filosóficos, ni fatalistas, pero cuanto más pensaban en el asunto más les caía la moral a plomo. Se sentaron en el suelo en silencio y a los pocos segundos apareció Laureano, el jardinero.

Era un buen tipo, afable y cariñoso, bonachón y simpático. Otros jardineros creían que el parque era suyo y les soltaban gritos a la más mínima, como si cada piedra tuviera que quedarse donde estaba y cada matorral tuviese que conservar todas sus hojas y no caer ni en otoño. Puras furias. Laureano no. Vivía y dejaba vivir.

Y eso que adoraba el parque, la naturaleza, los árboles. Por algo era el jardinero.

—Menudas caras —les dijo rastrillo en ristre—. ¿Qué os pasa?

—Nada —se encogió de hombros Felipe.

—Pues para no pasar nada...

—Tenemos problemas en casa —dijo Ángel.

—¿Y quién no? —Laureano chasqueó la lengua con un deje de ternura—. Además, estáis en la edad.

—Ya.

—Los padres nunca lo entienden. Se olvidan de que un día fueron niños, posiblemente peores que vosotros. Y si lo recuerdan, quieren que todo sea distinto.

Daba gusto hablar con alguien que los comprendía.

—Los nuestros se han puesto en huelga —confesó Felipe.

—Vaya —el jardinero movió la cabeza de arriba abajo y su cara denotó expectación—. Deben de estar hasta el gorro para llegar a eso.

—Tampoco es para tanto —refunfuñó Ángel.

—Todo depende del punto de vista —matizó Laureano.

—Somos niños, tú lo has dicho —le recordó Felipe.



—Pero no tenéis licencia para matar, como el 007 ese de las películas. O sea, que no tenéis licencia para hacer lo que os dé la gana, y menos en una colectividad familiar.

—Ya te pones de su parte.

—No, solo soy racional.

Felipe y Ángel volvieron a hundirse en sí mismos.

—Bueno, lo siento —dijo Laureano—. De todas formas todos hemos pasado por esto, no sois los primeros ni los últimos, y mucho menos los únicos.

Dio un paso para alejarse de su lado.

—Oye, espera —le detuvo Felipe—. ¿Cómo que «todos hemos pasado por esto»? ¿Qué quieres decir?

—Pues que lo que me contáis no es ninguna novedad.

—¿Ah, no?

—[Quía! —el jardinero soltó una risa—. Yo también tuve padres y un día... [Zas, como los vuestros!

—¿Se pusieron en huelga?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Que me lo tomé a chungu —su rostro se ensombreció un poco—. Pensé que ya aflojarían, que a fin de cuentas era su hijo y me querían... Así que seguí con mi rollo y... bueno, ya me veis —puso cara de resignación—. No me quejo, me gusta ser jardinero. Me gusta mucho. Pero de niño lo que soñaba era con ser reportero del *National Geographic* y viajar por todos los rincones del mundo, saboreando la vida salvaje y la naturaleza. Eso me lo perdí por cabezón.

Felipe y Ángel volvían a estar pálidos.

—¿Qué... te perdiste?

—No pude estudiar por las malas notas, tuve que trabajar desde los dieciséis años, me despisté por completo, y cuando quise darme cuenta ya era tarde. Entonces aprendí a cocinar, a

poner una lavadora, a ser responsable, y me vi obligado a la fuerza, por necesidad. Me puse al día en las cosas más sencillas, que antes me parecían absurdas. Así que fue bastante duro.

—¿Dejaron de quererte? —balbuceó Felipe.

—No, eso no. Mis padres me adoraban.

—¿Entonces...?

—Decían que era por mi bien.

—Sí, ya —refunfuñó Ángel.

—No seas escéptico. Todos los padres se vuelven locos por sus hijos, y en los dos sentidos —sonrió con ternura—. Locos de amor por un lado y locos a causa de lo que hacéis por el otro. Mirad, yo al menos no salí tonto, y aunque tarde, comprendí eso de que no todo el monte es orégano, que es una frase hecha y no sé de dónde sale pero es muy cierta.

—¿Y por qué no pactaste con ellos? —preguntó Felipe.

—Creí que se cansarían.

—Y no se cansaron.

—No —el jardinero movió una mano arriba y abajo en señal de admiración—. ¡Huy, lo bien que se lo pasaron sin tener que estar pendientes de mí! Mi madre se apuntó a una escuela de ballet y hasta actuó varias veces, y mi padre estudió aeronáutica.

—¿Y si estabas enfermo?

—Hombre, entonces sí me cuidaban, que para algo éramos una familia. Pero lo de ser mis criados o aguantármelo todo... se acabó.

Les sobrevino un denso silencio.

No se oía nada, ni a los más pequeños jugando en la zona infantil.

—Bueno, ahora sí os dejo, que he de rastrillar el parque entero. ¡Chao!

Se lo quedaron mirando mientras caminaba de espaldas, con su paso cansino y paciente.

Por eso no vieron cómo Laureano sonreía de forma misteriosa.

La cita

Llegó a casa y, lo mismo que el día anterior, no había nadie. Y tampoco una nota. La vida no solo empezaba a ser pesada, sino aburrida. Por si acaso las negociaciones eran largas y lentas, comenzó a poner de su parte. Habitación, ropa, lavadora...

Aunque, ¿cómo iba a «negociar», si ellos ya no estaban nunca en casa?

No tenía ni idea de cómo poner una lavadora, pero ¡oh, casualidad!, el libro de instrucciones se hallaba justamente al lado. Se sintió tentado de probarlo.

Pero al final desistió.

Eso eran palabras mayores.

Si la rompía, o si provocaba una inundación y subía la vecina de abajo, que bastante mosca estaba con él...

A la hora de comer se preparó la comida.

Otra vez lo mismo, porque era lo más fácil: sopa y carne descongelada. Acabaría odiando ambas cosas como siguiera así, porque encima no le quedaba igual que a su madre. El sabor, sobre todo, era distinto.

¿Cómo lo lograba ella? ¿Experiencia?

Después de comer bajó al parque, pero no había nadie. Imaginó a todos los niños y niñas negociando ya con sus padres. Y él... nada. Regresó a casa y primero pensó en jugar con la consola, pero no quería que sus padres volvieran y lo encontraran con ella. ¿Ver la tele? Lo mismo. ¿El ordenador? Más. Así que si quería empezar con buen pie tenía que poner algo de su parte.

Mal que le pesara, abrió el libro de matemáticas y se pasó una hora con él.

Luego leyó otra hora.

Las seis de la tarde.

Faltaba la tira para la cena y no sabía ya qué más hacer.

Increíble.

A los diez minutos sonó el teléfono. Cuando vio en la pantallita el número del que llamaba, se alegró un montón.

Era su madre.

Descolgó de inmediato.

—¿Sí?

No era una llamada de control, de esas que hacen los padres para saber si uno está en casa y no le ha pegado fuego. Era una llamada de...

—Ah, hola, Felipe, soy mamá.

—Ya.

—Mira, que nos vamos al cine y llegaremos tarde. Te lo digo solo para que no te inquietes, porque como no me he acordado de dejarte una nota... Tú, tranquilo, ¿eh?

Ni una pregunta acerca de si estaba bien, si había comido...

Nada.

—Mam...

Su madre había colgado.

Se iban al cine.

Fantástico.

Volvió a estudiar un poco de matemáticas. Volvió a leer otro poco. Bajó al parque. Nadie. Regresó a casa y telefonó a Ángel para ver cómo le había ido. Comunicaba. Esperó diez minutos y cuando lo intentó de nuevo no le devolvió la llamada. Empezó a ponerse nervioso.

Con ganas de gritar.

A las ocho y treinta y cinco sonó de nuevo el teléfono.

Su madre.

—¡Oye, mamá! —trató de protestar.

Ni caso.

—Felipe, mira, que nos hemos encontrado a los Pérez y nos vamos a cenar con ellos, ¿de acuerdo?

—¿Y cuándo llegaréis?

—Ni idea, ¿por qué?

—Es que tengo que hablar con vosotros —se rindió.

—¿Hablar? —el tono fue más bien de sorpresa—. Oh, bueno...

Un momento que saco mi agenda... A ver...

¿La agenda?

Casi se puso a gritar.

—Pero...

—Sí, ¿qué tal pasado mañana a las diez? —le cortó su madre.

Basado mañana! Ni a las diez! Ni que fuera una cita!

—Mamá!

—Ay, Felipe, hijo, no grites. ¿Pasa algo?

—Es que... —se sintió desesperado.

—¿Se trata de algo urgente?

—Sí!

—Dice que es urgente —la oyó decir en voz algo más baja, sin duda contándoselo a su padre. Luego volvió a dirigirse a él—: Vale, pues intentaremos llegar pronto a casa.

—Bueno —suspiró Felipe.

—Ve cualquier cosa en la tele y esperanos, ¿vale? Chao!

¿Cualquier cosa... en la tele?

¿Le dejaban ver «cualquier cosa», programas basura, películas que no entendía...?

Dejó el teléfono en su lugar y se derrumbó sobre el sofá.

Ya no podía más.

Los minutos siguientes se le hicieron eternos.

La lista

Por lo menos sus padres llegaron pronto. O lo de la cena era mentira o habían aligerado. Le pillaron leyendo en su habitación, como un buen chico. Cuando se asomaron por la puerta, porque no les oyó abrir la del piso —señal de que, pese a todo, lo hicieron muy silenciosamente para ver si le pescaban haciendo algo malo—, los dos parecían las personas más felices del universo.

Incluso daban la impresión de haber rejuvenecido.

Su madre estaba guapísima, y su padre, cachas.

—Hola, ¿qué lees? —le preguntó él.

Deseaba saltar de la cama y empezar la negociación cuanto antes, pero no quiso que creyeran que estaba desesperado.

—Una novela —respondió con calma. Y agregó—: La segunda de hoy.

Esperaba un gesto de sorpresa por parte de su padre, pero ni eso.

—¿Es buena?

—Sí.

—¿Querías hablarnos de algo... urgente? —manifestó su madre así como de pasada.

—Sí, mamá.

—Vale. Nos ponemos cómodos y te esperamos en el comedor en cinco minutos.

Lo dejaron solo.

Cinco minutos.

Ponerse cómodos.

Contó los trescientos segundos, reloj en mano. No perdió ni uno más. Fue al comedor y se sentó a la mesa. La primera que

apareció fue su madre, con la bata de estar por casa. Luego lo hizo su padre, con los pantalones viejos y las pantuflas. Se sentaron y le miraron.

Felipe hizo acopio de valor.

Habían sido los tres días más espantosos de toda su vida, así que ya no vaciló. Cualquier cosa era mejor que seguir de aquella forma.

—Vale —asintió—, ¿qué queréis?

—Bueno, ahora mismo... acostarnos y dormir —dijo ella.

—Me refiero a mí —trató de no perder la paciencia—. ¿Se trata de que me porte bien, y estudie, y lea, y arregle mi habitación y todo eso?

—Bueno... —su madre miró a su padre.

—Si solo fuera eso... —su padre miró a su madre.

—¿Hay más? —vaciló él.

Intercambiaron la última mirada y, entonces sí, como por arte de magia apareció en manos del cabeza de familia un papel pulcramente escrito a mano.

Se lo puso a Felipe sobre la mesa.

No dijo una palabra.

El chico tomó el papel y empezó a leer las condiciones de sus padres para que todo volviera a la normalidad.

Cosas que queremos:

No debes pelearte.

La videoconsola, media hora al día y una hora los festivos.

Leerás al menos una novela a la semana. Si es gorda, de más de 300 páginas, dos semanas.

Comerás a tus horas.

No te hartarás de chucherías a escondidas.

Te lavarás los dientes por la mañana al levantarte, al mediodía después de comer y por la noche al acostarte.

Llevarás la ropa sucia a la lavadora.

Pondrás el calzado en la ventana (aun a riesgo de asfixiar a los vecinos).

Al llegar a casa no lo tirarás todo por el suelo. La chaqueta en la percha, la mochila en tu mesa.

Comerás despacio.

Masticarás bien.

Te acostarás a tu hora sin protestar.

Beberás agua, ni colas con burbujas ni refrescos llenos de azúcar.

Veremos la tele en familia un rato cada día y comentaremos las cosas que pasan, para explicarte lo que no entiendas.

No te tirarás pedos como si tal cosa.

No eructarás, ídem de ídem.

Llamarás a la abuela al menos una vez a la semana sin necesidad de recordártelo y, si puedes, irás a verla.

Serás educado con los vecinos (con todos).

No bajarás por la escalera como si fueras una manada de caballos desbocados.

Dirás «buenos días, buenas tardes, buenas noches» cuando se dirijan a ti o cuando te encuentres a alguien.

Abrirás la puerta a las personas mayores y las dejarás pasar primero.

Ahorrarás para tus gastos sin esperar a que con solo abrir la boca todo te caiga del cielo.

No pedirás una videoconsola nueva cada año ni todos los juegos habidos y por haber.

Estudiarás más y no suspenderás.

Nota: esta lista está sujeta a posibles cambios o añadidos, según se tercie.

Se había ido poniendo blanco, y enfermo, a medida que leía. Cuando acabó la lista, que devoró sin respirar, lo primero fue llenar los pulmones de aire para no ahogarse.

Había puntos de cajón, pero otros...

Como si aprobar fuera fácil!

Y lo de que «estaba sujeta a posibles cambios o añadidos». Los miró como el condenado a muerte mira al verdugo que ya afila el hacha para rebanarle el pescuezo.

—Vaya... —suspiró.

Sus padres le miraron impávidos.

—Esto es... larguísimo —gimió—. Larguísimo y abusivo.

La misma cara de póquer.

—¡Vale ya!, ¿no? —comentó conteniendo las lágrimas.

Aunque una buena llorera siempre ayudaba.

No, mejor no.

—Ya no me queréis —dijo.

—Te queremos más que nunca, porque nos rompe el corazón hacerte esto —dijo su padre—. Pero no hay más remedio, por el bien de todos. Tu madre no para, va todo el día detrás de ti, y yo, dado que me estrené como padre el mismo día que tú te estrenaste como hijo, y no venías con manual de instrucciones, ya no sé qué hacer. Los castigos no te hacen mella.

—Esto es una familia, hijo —repuso su madre—. Todos somos uno. Lo que le pasa a uno repercute en los otros dos. O aprendemos a vivir juntos o... es el caos.

—¿Y qué queréis que haga?

Se levantaron al unísono.

Su padre señaló la lista.

—Léetela bien y mañana hablamos —respondió directo al grano—. Nos expones tus propias quejas, discutimos lo que haya que discutir, planteas tus reivindicaciones si las tienes, porque quizás nosotros también nos hayamos equivocado en algo, y así, como personas razonables, llegaremos a un acuerdo de convivencia.

—¿Te parece? —quiso dejarlo claro su madre.

No tenía escapatoria.

Y ya era tarde para ponerse a discutir sin más.

—Sí —estuvo de acuerdo.

—Pues buenas noches, hijo.

El primer beso se lo dio ella en la mejilla izquierda. El segundo él en la derecha. A Felipe le supieron a gloria.

Los mejores besos de toda su vida.

Luego salieron del comedor y le dejaron solo.


Solo con aquella barbaridad.


Volvió a leerla despacio, con el corazón a mil.

El cuarto día

Le costó dormirse, porque leyó la lista varias veces. Cuando se metió en la cama todavía revoloteaba por su cabeza. Y por supuesto soñó con ella. Estaba atado a una silla y sus padres, los abuelos, los profesores, los amigos, incluso Ángel, le torturaban con nuevas propuestas. La lista crecía y crecía. Al final era como un largo rollo de papel higiénico enteramente escrito. Miles y miles de peticiones, reivindicaciones, exigencias...

Se despertó agobiado, dando un bote, y se quedó sentado en la cama con el corazón a mil.

En ese momento, en el sueño su madre le perseguía exigiéndole que estudiara nueve carreras universitarias, todas a la vez,  con nota!

— Sopla! —respiró profundamente.

Esta vez sí miró la mancha de humedad del techo.

Necesitaba de todo el apoyo, aunque Águila Negra no fuera más que eso: una mancha y un personaje de su imaginación.

—Jao, tío —suspiró.

Ya no había nadie en casa. Volvían a dejarle solo. Su padre estaría en el trabajo y su madre, aparentemente, ni pintaba ni hacía gimnasia ni tomaba el sol en biquini. La reunión se celebraría a la hora de comer, así que tenía toda la mañana para prepararse a conciencia.

Lo primero, llamó a Ángel.

—Soy yo, ¿puedes hablar?

—Yo también soy yo —respondió su amigo en plan conspirador—. Estoy solo.

—Anoche me dieron una lista de peticiones —dijo Felipe.

—A mí también.

Las compararon, y más o menos decían lo mismo. Era increíble lo monotemáticos que podían llegar a ser los padres con determinados asuntos. Una vez analizadas y discutidas, llegó la gran pregunta.

—¿Qué hacemos? —puso el dedo en la llaga Felipe.

—No sé, discutir punto por punto, supongo. Es lo que se llama negociar.

—Pero si solo hablamos de lo que piden ellos...

—No, no, también tenemos que negociar lo que vamos a pedir nosotros. Yo también haré mi lista.

—Es lo que pensaba.

—¿Qué pedirás?

Felipe lo meditó.

En realidad no tenía ni idea. Estaba perfectamente antes de que comenzara aquella locura de la huelga.

—Para empezar, que entiendan que soy un niño y estoy aprendiendo.

—No colará.

—Pero si es la verdad!

—Dirán que es una excusa.

—Mira, si no te han dicho nunca que un cristal se rompe con el choque de algo, una pelota, por ejemplo, ¿tú cómo vas a saberlo? Cuando tienes dos, tres o cuatro años no tienes ni idea de nada, y vas y, ¡pum!, rompes el cristal. Pues luego ya lo sabes, pero primero tienes que romperlo.

—Sí, supongo que a eso lo llamaríamos «experiencia» —convino Ángel.

—A mí me basta con que entiendan eso.

—De todas formas yo voy a hacer una lista. A ver qué me sale.

—Yo también.

—Vale, luego nos llamamos o nos vemos, para intercambiar ideas.

—Perfecto.

Cortaron a la vez y Felipe se fue a su cuarto. Cogió un papel, un boli, y pasó los siguientes treinta minutos estrujándose el cerebro en busca de cosas que pedir a sus padres. Primero no le salía nada, al menos nada que fuera lógico, coherente y racional. Luego sí, se le encendió la bombillita y empezó a tomar notas, apuntes, para perfeccionarlo poco a poco. Una hora después ya pasó a limpio las primeras reivindicaciones propias.

Soy un niño y estoy aprendiendo. Tengo derecho a equivocarme. Para educarme ya estáis vosotros.

Si rompo algo, no lo hago queriendo. Y para saber que las cosas pueden romperse, primero debe haber un accidente, que se rompan, y así sé que no tengo que volver a hacerlo.

Cuando me tuvisteis sabíais muy bien en qué lío os metíais, así que no me echéis la culpa de todo.

No quiero que me gritéis sin más y por todo.

Si estáis de mal humor, no lo paguéis conmigo.

Quiero que papá juegue más conmigo.

Quiero escoger la ropa que me pongo cada día.

Si he de ahorrar, necesito más paga semanal.

No quiero ir más a cumpleaños que no me interesan ni pasarme dos horas sentado en una silla sin poder moverme para que no rompa nada.

No se le ocurrió nada más.

Al menos nada que fuera interesante.

Iba a llamar a Ángel cuando sonó el teléfono. Era él. Discutieron las listas y su amigo le copió lo de los cumpleaños. Felipe a su vez usó una de sus peticiones.

Una vez a la semana, al menos, quiero escoger yo la cena, para ir a una hamburguesería o una pizzería o un lugar divertido de verdad.

—¿Listos? —suspiró Felipe.

—Listos —dijo Ángel.

—Vamos a cruzar los dedos a ver qué pasa.

—Hasta luego!

Las siguientes dos horas, mientras leía otro libro tan bueno como los últimos que acababa de leer durante aquellos días, Felipe aguardó el regreso de sus padres a casa para celebrar la tan esperada reunión.

El momento decisivo.

El momento decisivo

La primera en llegar fue su madre. No tocaron el tema hasta que, media hora después, aterrizó en casa su padre. Entonces sí, con su lista entre las manos, Felipe se quedó en la puerta del comedor esperando que ellos aparecieran.

Primero temblaba como un flan.

Luego no. Los nervios desaparecieron.

Por lo menos aquella pesadilla acabaría ya mismo.

—Vaya —dijo ella—. Tienes ganas de que acabe la huelga, ¿eh? Con lo bien que me lo estaba pasando yo.

—Puedes seguir pasándotelo bien —le dijo Felipe—. Nadie te impide que hagas gimnasia, pintes o tomes el sol en la terraza —obvió el bikini—. Ni que todo fuera culpa mía.

Su madre le revolvió el pelo con cariño.

—Ya estoy aquí —anunció su padre—. ¿Nos sentamos?

Se sentaron en el comedor, en sus respectivas sillas. Felipe no sabía qué hacer, pero ellos sí.

—Primero tu lista —le pidió el cabeza de familia.

Se la dio.

La leyeron.

En silencio.

Cuando acabaron, se miraron, asintieron, y entonces su padre dijo:

—Aceptado todo.

Felipe bizqueó.

—¿Todo?

—Sí, son peticiones lógicas. Nosotros estamos abiertos al diálogo.

—Ah.

—Ahora las nuestras —dijo su madre.

La lista era tan larga que Felipe pensó que se pasarían el resto del día allí.

—Empieza —pidió su padre.

—Bueno, a ver... —buscó de nuevo la calma—. Lo de que no me pelee, no me tire pedos y no eructe... ¿Qué pasa si me provocan o me dan primero? ¿Y si el pedo se me escapa? Eructar puedo controlarlo pero lo otro...

—Si te dan primero, te defiendes. Pero tú no vayas repartiendo estopa sin más.

—Yo nunca reparto estopa sin más —se quejó con acritud—. Más bien soy de los que reciben.

—Lo de los pedos...

—Prometo aguantarme o irme corriendo al cuarto de baño... si es que llego.

—Vale, aceptado.

Los miraba y parecía que se lo estuvieran pasando en grande. A veces incluso era como si contuvieran sus ganas de reír.

¿Quién era capaz de entenderlos?

—Lo de comer a mis horas, vale. Lo de no hartarme de chucherías a escondidas, vale. Lo de llevar la ropa sucia a la lavadora, vale. Lo de sacar los zapatos fuera, vale. Lo de colgar la cazadora y la mochila, vale. Lo de los dientes... Es que a veces no me acuerdo!

—Te lo recordaremos —dijo ella.

—Aunque cuando lo hagamos, no queremos ni un «pero» de los tuyos ni ninguna excusa tipo «más tarde» o «cuando me acueste» —dijo él.

—Bueno —concedió Felipe.

—Sigue. Vamos bien.

Siguió mirando la lista. Llegaban los puntos conflictivos.

—Lo de comer despacio y masticar bien es complicado.

—¿Por qué es complicado?

—Bes que no me sale!

—¿Lo intentarás?

—Eso sí.

—Con esto nos basta, ¿verdad, Quique?

—Sí, Sonia.

—¿Ves como hablando se entiende la gente? Sigue —volvió a decir su madre.

—Llamaré a la abuela, iré a verla, seré educado con la gente, les abriré la puerta y diré todo eso de «buenos días» y «buenas tardes» y «buenas noches», no bajaré por la escalera a lo bestia... Pero me niego a dar besos a todo el mundo!

—Los niños...

—Mamá! El tío Pepe huele mal, y la señora Carmen pica, como si tuviera barba!

—Son mayores y te quieren.

—Ah!, ¿y por eso me he de fastidiar yo? No es justo!

Intercambiaron otra mirada y, sin decir nada, asintieron.

—De acuerdo —dijo su madre—. Nada de besos si no quieres.

Vaya, un éxito.

Decidió aprovecharlo y enfilear uno de los temas gordos.

—Lo de la videoconsola me parece muy duro. Media hora al día y una hora los festivos es poco.

—¿Qué propones?

—Una hora al día.

—Innegociable.

—Tres cuartos.

—Los días de diario innegociable. Los festivos puede.

—Los festivos dos horas.

—Una y cuarto.

—Una y tres cuartos.

—Una y media.

Nueva mirada entre ellos dos.

—De acuerdo, media hora al día los laborables y una hora y media los festivos.

Cuando se ponían... eran negociadores duros. Abordó otro punto conflictivo.

—Lo de estudiar y no suspender... No es tan fácil. A veces en un examen te cae algo que te mata.

—Irrenunciable —fue categórico él.

—¡Papá!

—Es tu futuro. Te lo juegas durante estos años. Puedes tener un accidente, un suspenso. Dos, como este año, ni hablar.

Ahí estaba atrapado. Iban a ser inflexibles. No tuvo más remedio que acceder, aunque era lo más difícil de todo.

—Está bien —suspiró.

—Esto de ahora es una huelga, porque eres pequeño, pero cuando seas mayor de edad podemos echarte de casa —el hombre le apuntó con un dedo inflexible—. Estudia, Felipe. No juegues con eso.

No podía decir «lo intentaré» o «me esforzaré». No colaba.

—Vale.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Ya queda poco —se alegró su madre.

Sí, la lista se reducía rápido.

—Acostarme a mi hora sin protestar, vale, pero en verano...

—Concedido. Habrá un margen, sobre todo en vacaciones.

—Leer, ya leo. Estos días he encontrado muy buenos libros.

—La mayoría lo son. Otra cosa es que el tema te interese o no.

Es el ánimo con el que se leen lo que los hace buenos o malos. Un buen ánimo predispone a que te guste. Si lo haces con desgan, no te concentras y estás de mal humor, no vas a enterarte de nada.

—Entonces bien, ¿no?

—Nos queda lo de que bebas agua y no refrescos con burbujas...

—No puedo pasarme la vida bebiendo agua!

—De acuerdo. Este queda anulado.

—¿Ahorrarás si te subimos la asignación?

—Sí, papá.

—¿Veremos la tele en familia un rato para explicarte cosas y que las entiendas, o incluso podemos ojear el periódico?

—Sí, mamá.

—¿No pedirás una videoconsola cada año ni todos los juegos habidos y por haber?

—Es que por Navidad ya sale la Bomb-Two PRQ-7 X-Killer.

—Felipe...

—¿Y los juegos?

—Ya veremos de aquí a Navidad.

Estaba harto de negociar. De aquí a Navidad podían pasar muchas cosas, que les tocara la lotería o que la consola se la comprara la abuela, aunque con su pensión... Lo único que quería era que todo, o casi todo, volviera a ser como antes.

Había hecho un montón de concesiones!

—Ya está, ¿no?

El último silencio.

Supo que sí, que ya estaba, cuando su madre abrió los brazos y él quedó sepultado por ellos en un amoroso y tierno gesto de cariño.

Al que se sumó su padre.

La pesadilla había terminado!

Fin de la huelga!

—Te queremos, hijo —escuchó las dos voces como un canto celestial.

Ese era, sin duda, el mejor regalo.

Un nuevo comienzo

Estaba agotado.

Pero en el fondo se sentía feliz.

Tampoco era como haber firmado un pacto con el diablo.

Qué caramba, los padres siempre eran bastante flexibles y daban margen. Lo único que tenía que hacer era no volver a tensar tanto la cuerda que les empujara al enfado o... a una nueva huelga.

Después de comer les pidió permiso para ir al parque y le dijeron que sí. Primero estuvo a punto de bajar por las escaleras al trote, como siempre, pero justo antes del primer salto recordó el punto en el que se especificaba eso en los acuerdos recién pactados. Así que bajó peldaño a peldaño.

Se encontró, una vez más, a su vecina pegada a la pared, temiendo su descenso vertiginoso, y él, caminando tan tranquilo, le sonrió y le dijo:

—Buenas tardes, señora Elvira.

La dejó a cuadros.

—Bue... bue... buenas tardes, F-F-Felipe —respondió la mujer sin podersele creer.

También pasó por delante de Federico, el conserje, andando como una persona civilizada.

—Buenas tardes, Federico.

—Vaya, buenas tardes —se quedó pasmado el hombre.

Salió a la calle pensativo. A veces, portarse bien era una lata, un muermo. Otras, tampoco estaba mal. La gente se sentía mejor y parecía feliz.

Y si todo el mundo era feliz...

—Vaya con la huelga —suspiró.

Ojalá a todos los demás las cosas también les hubieran salido estupendamente.

Antes de llegar al parque vio a Ángel corriendo hacia él. Le esperó, porque su amigo se detuvo a causa del semáforo, y aunque no pasó ningún coche, aguardó a que la luz se pusiera verde. Cuando llegó a su lado se miraron expectantes.

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Lo mismo.

Respiraron aliviados y se abrazaron felices.

—Es duro ser niño —reflexionó con un toque de pesar su amigo.

—Un poco, sí.

—¿Tú crees que ellos lo saben?



—Supongo, no sé.

—¿Y crees que se han olvidado de cuando lo fueron?

—Siempre dicen que eran otros tiempos, y que todo ha cambiado y cosas así. Nuestros padres no tenían ni móviles ni Internet, y los abuelos no tenían televisor...

—¿Te imaginas? —se estremeció Ángel.

—Dentro de cincuenta años a saber lo que habrá, y entonces nuestros hijos también nos verán como a una cosa antigua.

—Yo no tendré hijos. Son un latazo.

Felipe se rió por la ocurrencia de su compañero.

—Pues yo no voy a olvidarme de que fui niño. Nunca. De hecho, me lo paso genial.

—Y yo.

—Y todos.

Empezaron a ver al resto de los «damnificados». Poco a poco el parque se fue llenando de sonrisas de alivio y diálogos curiosos.

—Ellos mandan, pero nosotros...

—Que si el cole, que si estudiar, que si ir a clase de inglés...

—De danza...

—De piano...

—Todo son trampas.

—Ahí, ahí.

Cuando se cansaron de hablar, se dieron cuenta de que la tarde era magnífica y el verano estaba a la vuelta de la esquina.

—¿A qué jugamos? —preguntó una de las chicas.

Felipe vio a alguien a lo lejos.

A Laureano, el jardinero.

Hablando con su madre.

Se estaban riendo.

Frunció el ceño. No sabía que su madre conociera al jardinero del parque.

Ángel también se dio cuenta del detalle.

—Oye, ¿tú crees...?

—No —dijo Felipe.

—No, claro —le secundó su amigo.

—No son tan listos.

—Qué va.

—Los listos somos nosotros.

—Eso fijo.

Siguieron mirando a Laureano y a la madre de Felipe, que caminaban tranquilamente sin dejar de reír.

—Venga, se acabó —Ángel tiró de él.

Y los dos echaron a correr libres, felices.

Sobre el autor

Jordi Sierra i Fabra Nació en Barcelona en 1947, aunque él prefiere decir siempre que nació en La Tierra porque no cree en fronteras ni banderas. A los 8 años decidió que sería novelista y no ha parado de escribir desde entonces. Hijo único, de familia humilde, se encontró con pocas posibilidades de alcanzar su sueño entre otras cosas por la oposición paterna a que fuera escritor. Su vinculación con la música rock (ha sido director y en muchos casos fundador de algunas de las principales revistas españolas entre las décadas de los años 60 y 70) le sirvió para hacerse popular sin perder nunca de vista su auténtico anhelo: escribir las historias que su volcánica cabeza inventaba. Su primer libro lo editó en 1972. Hoy ha escrito cuatrocientas obras, muchas de ellas best-sellers, y ha ganado casi 30 premios literarios además de recibir un centenar de menciones honoríficas y figurar en múltiples listas de honor. En 2005 fue candidato por España al Nobel Juvenil, el premio Hans Christian Andersen 2006, en 2007 recibió el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura español y en 2009 vuelve a ser candidato al Andersen de 2010. Sus cifras de ventas superan los 10 millones de ejemplares.

En 2004 creó la Fundació Jordi Sierra i Fabra en Barcelona, que en 2010 recibió el Premio Iby-Asahi de Promoción de la Cultura, y la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra en Medellín, Colombia, como culminación a toda una carrera y a su compromiso ético y social.

En 2011 ingresó como patrono del Instituto Cervantes, siendo el primer autor de literatura infantil y juvenil en conseguirlo.

Más información en la web oficial del autor:

www.sierraifabra.com

© Del texto: 2011, Jordi Sierra i Fabra

www.sierrafabra.com

© De las ilustraciones: 2011, Ximena Maier

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.librosalfaguarainfantil.com

ISBN ebook: 978-84-204-1272-6

Conversión ebook: Javier Barbado

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Alfaguara Infantil es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosalfaguarainfantil.com

Argentina

www.librosalfaguarainfantil.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.librosalfaguarainfantil.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 279 22 78

Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.librosalfaguarainfantil.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.librosalfaguarainfantil.com/co

Carrera 11A, n° 98-50, oficina 501

Bogotá DC

Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.librosalfaguarainfantil.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.librosalfaguarainfantil.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.librosalfaguarainfantil.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.librosalfaguarainfantil.com/es

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.librosalfaguarainfantil.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.librosalfaguarainfantil.com/can

26 avenida 2-20

Zona n° 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.librosalfaguarainfantil.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.librosalfaguarainfantil.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias

03240 Benito Juárez

México D. F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.librosalfaguarainfantil.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,

Calle segunda, local 9

Ciudad de Panamá

Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.librosalfaguarainfantil.com/py

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción

Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.librosalfaguarainfantil.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.librosalfaguarainfantil.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.librosalfaguarainfantil.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.librosalfaguarainfantil.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.librosalfaguarainfantil.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51

